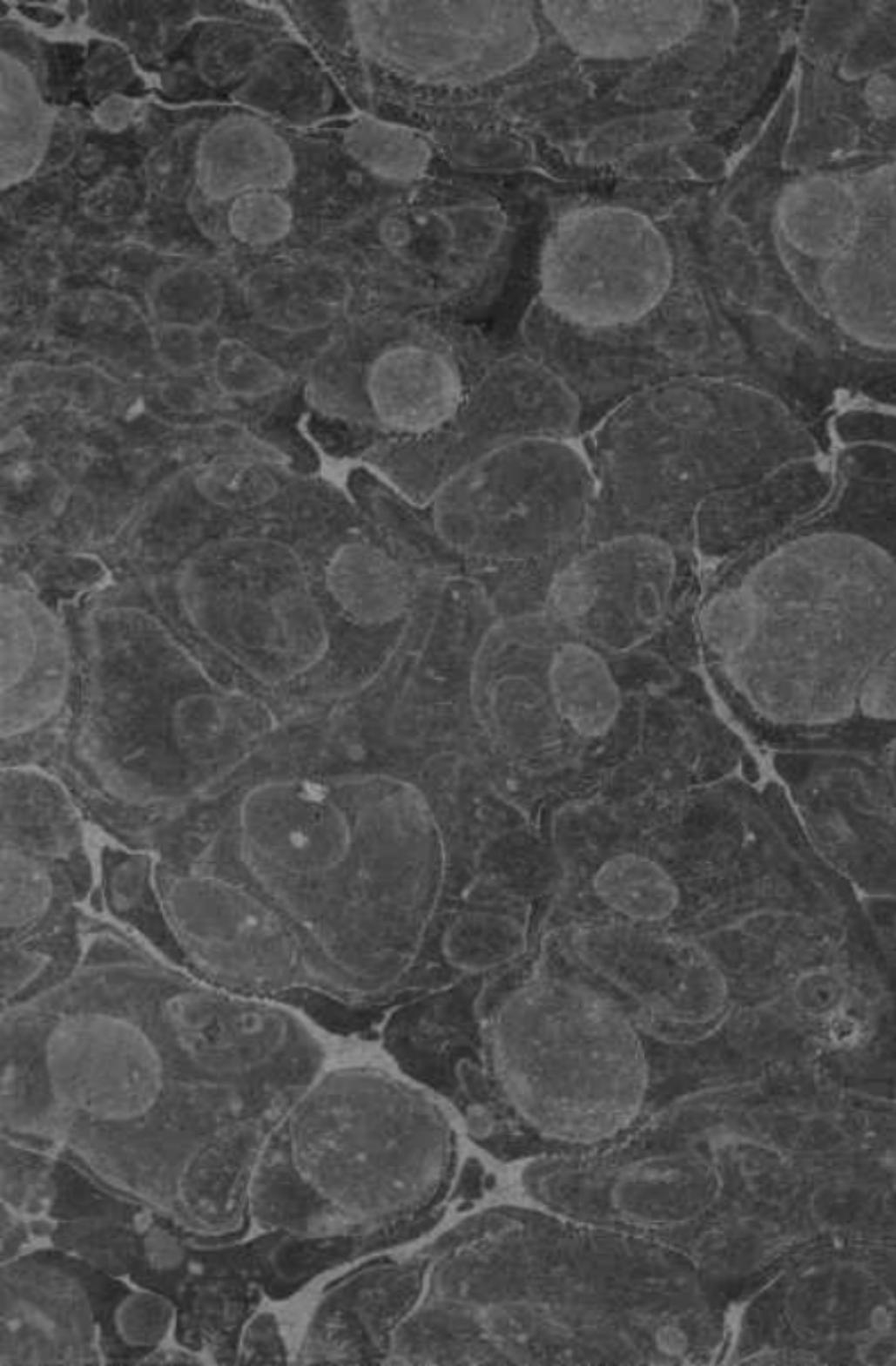
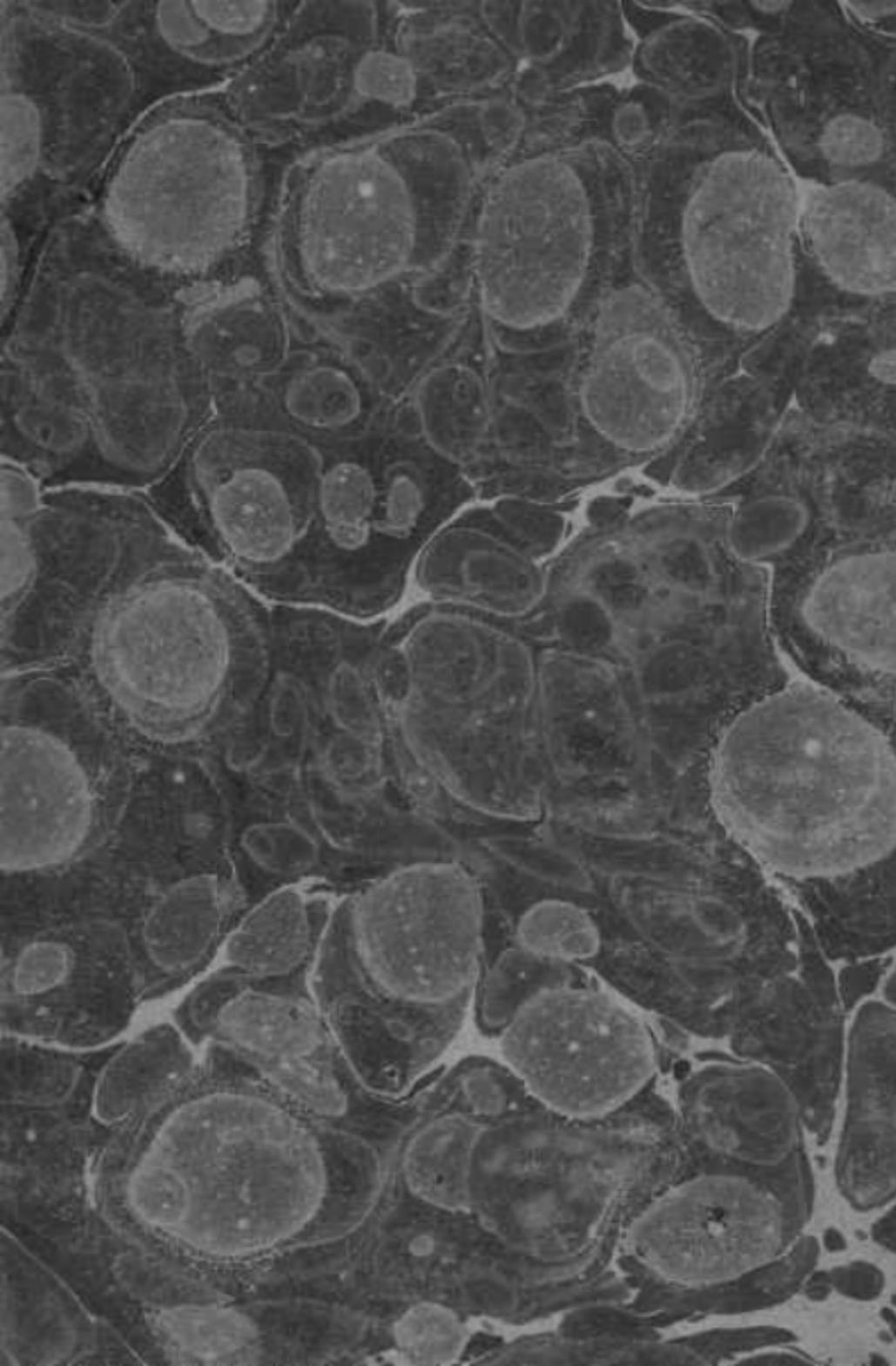


56







A. Milnejo

LA ÚLTIMA HECHICERA.

II.

71076063



BIBLIOTECA DE LA CORONA.

---

SEGUNDA SERIE.

LA  
ÚLTIMA HECHICERA,

POR

DE BALZAC.

II.



Bibliográfico  
de Hidruėjo  
Biblioteca de Soria

10259

BARCELONA.

Imprenta de la Corona, pasaje de Escudillers, núm.º 4.

1863.



LA  
ÚLTIMA HECHICERA.

---

I.

ROBO DE LA LAMPARA.

---

Una mañana volvió Catalina á la cabaña que contenia toda su vida y toda su felicidad: vió á Abel sentado en el banco, y luego que divisó al que amaba, la animacion de la mas pura alegría reemplazó en

su rostro la espresion de melancolía que le amortiguaba. Abel estaba triste y ella lo conoció al instante, y al instante se puso triste, porque se parecia á esas nubes que, en el cielo, toman los colores del sol.

—¿Qué teneis? le dijo con un tono que respiraba una tierna compasion.

—¡Ay de mí! contestó, hace tres dias que no la veo. ¡Ah! querida Catalina, ella me da la vida con una mirada; lejos de ella ó sin ella, todo está marchito, sin color, muerto; nada me agrada; hace un momento que he reñido á Caliban y el pobre hombre ha llorado! hubiera querido arrojarme á sus piés y pedirle perdon, pero cuando ha visto mi dolor, ha dicho que quisiera que siempre le maltratára; yo he llorado tambien y me he refugiado en este banco para pensar en la hermosa *Hechicera de las Perlas*.

— ¿ Con que tan hermosa es ?..... dijo Catalina, olvidando en aquel momento todos los encargos de la aldea.

— Apenas lo sé, contestó Abel ; porque cuando la veo, creo estar en presencia de una aparicion celestial que me presenta un alma pura , independiente de toda forma humana.

— ¿ Segun eso no amareis á nadie en el mundo ?..... preguntó Catalina temblando.

— Sí, dijo Abel, solo á ella amaré con el corazon , pero conozco que tambien te estimo á tí !

Catalina se quedó pensativa ; esta palabra, aunque no espresaba el sentimiento que ella queria, le causaba sin embargo una emocion muy violenta.

Rompió el silencio para suplicar á Abel que asistiese á la boda de Julia. Abel se negó al pronto ; pero Catalina le instó

con tanta gracia, que el hijo del alquimista consintió al fin en bajar á la aldea.

— Catalina, dijo entonces, iré pero con una condicion; nada te he dado aun que te recuerde la amistad fraternal que te profeso. Quiero que á esa fiesta, para la que todos se adornarán á porfia, seas tú la mas elegante. Ven..... y, llevándola de la mano, la condujo á la piedra. Despues de haber llenado las formalidades de costumbre, frotando la lámpara que siempre llevaba encima, el hermoso genio coronado de flores se presentó inmediatamente. Abel le pidió un traje soberbio para Catalina. El genio cogió un junco cargado aun de rocío y midió el esbelto talle de la jóven que se ruborizaba; y luego prometió obedecer á la mayor brevedad posible las órdenes de su amo.

La pobre Catalina marchó anegada de alegría á anunciar á Julia esta noticia.

— Vendrá, le dijo; sin duda alguna será el objeto de todas las miradas, y yo seré la única que podrá estrechar su mano, porque soy la única que le conoce; ¡ah! esta felicidad es extraordinaria, es todo..... sí, es cuanto pido al cielo!

Algunos dias despues iba Catalina á acostarse, cuando oyó un gran ruido en la plaza, abre su ventana y vé á un caballero que se dirigia á su casa. El caballero se acerca, se para delante de la puerta de Catalina y esta baja; sin desplegar sus labios le entrega el desconocido un paquete en el que leyó á la claridad de la luna, único reverbero que existia en la aldea:

*A la señorita Catalina Grandvani.*

Débase inferir que Catalina no durmió cuando, despues de haber regresado á su modesta habitacion, deshizo el paquete y admiró un traje riquísimo, compuesto de un vestido de raso blanco y de una túnica que le pareció de encaje, pero que en realidad no era mas que de tul bordado: un hilo de perlas falsas, que ella tuvo buen cuidado de no creer verdaderas, serpenteaba alrededor de la guarnicion, y el cuerpo de este vestido era sumamente elegante. En efecto, las mangas estaban guarnecidas de borlas de perlas que jugueteaban alrededor de los brazos, y alrededor del talle se veia bordada una guirnalda de perlas.

Un peine de oro guarnecido de perlas,

zapatos de raso negro, y guantes blancos sumamente finos, completaban este traje; en fin, Catalina encontró en el fondo de la caja un collar delicioso y pendientes de gruesos granos de magnífico azabache. Este traje habia sido cuidadosamente elegido por la mano de una mujer, porque las hechiceras son mujeres. La hechicera seguramente habia creído que solo su cutis era de una blancura bastante perfecta para que las perlas no la alterasen. ¿El collar negro era un epigrama á su rival ó una atencion delicada? La cuestion es difícil de decidir: sea lo que fuere, el collar fué la única cosa que Catalina se atrevió á probarse: púsosele y saltó de alegría y palmoteó al ver que su cutis de alabastro parecia mil veces mas blanco por la oposicion de esta alhaja.

Asomóse á la ventana, miró hácia la co-

lina y su corazón dirigió mil cariños amorosos á su idolatrado ídolo; los céfiros se encargaron seguramente de llevar sus adoraciones al objeto á quien iban dirigidas.

— Por mas que se diga, añadió, dirigiéndose al espejo, una jóven parece otra cuando lleva alhajas! y la inocente niña, enajenada de un orgullo bien disimulable (porque no envolvía pérfidos deseos) y pensando en el efecto que produciría en las bodas de Julia, corrió á despertar á Francisca, y por segunda vez admiró delante de un espejo el buen gusto de sus adornos, y gozó extraordinariamente al ver la sorpresa de la criada.

— ¡ Ah! exclamó cuando se hubo acostado, el que tan desinteresadamente me regala debe amarme.....

Llegó por fin el día tan deseado del ca-

samiento de Antonio y Julia. Se necesitaría el genio que ha dirigido los pinceles de la escuela holandesa para dar una idea del cuadro que presentó la plaza de la iglesia.

Debajo de los olmos se había formado con arena una plaza cuadrada; á una de las estremidades varios toneles vacíos, cubiertos con tablas, servían de pedestal á los dos gaiteros de la aldea, cuyos instrumentos estaban guarnecidos de cintas de todos colores. Alrededor de esta sencilla orquesta una multitud de jóvenes de ambos sexos con los trapitos de cristianar, y respirando esa franca alegría de las gentes á quienes el placer no desazona, reían, bailaban y jugueteaban.

Alrededor de la plaza había mesas, en las que ancianos vestidos de gala hablaban, bebían ó jugaban á las cartas. Algu-

nos sin embargo permanecian de pié con los brazos cruzados, y contemplaban el entusiasmo de la juventud, acordándose de sus mocedades, y haciendo reflexiones ya tristes, ya chistosas acerca de la ancianidad. Estos rostros marchitados y arrugados por el trabajo, se sonreian, y estas voces cascadas repetian los alegres cantos de la juventud.

La pareja dichosa no habia llegado todavía, y Catalina faltaba tambien. Catalina, despues de la misa, se habia vestido furtivamente, y furtivamente habia ido á buscar á su Abel. Concluido el baile todo el mundo dirigia sus miradas hácia la calle y se manifestaba la mayor inquietud en los rostros de los convidados por hallarse privados de los soberanos de la fiesta: otra curiosidad mayor agitaba los ánimos, porque no habian olvidado que

Julia se habia jactado de ver en su boda á su hermoso bienhechor, el hijo del alquimista.

— ¿Vendrá con su lámpara? preguntó una jóven.

— Dicen que es hermoso como un ángel del cielo, añadió otra.

— ¿Sabeis, decia un arrendatario á uno de sus cofrades, que Mauricio no está seguro de renovar el arrendamiento de la hermosa quinta de la señora duquesa de Sommerset, esa señora inglesa tan rica? Si esa lámpara de la que tanto se habla tuviese el poder de firmar arrendamientos.....

— ¿Crees tú esas necedades? contestó el arrendatario.

A esto se presentaron una porcion de chiquillos en la gran calle de la aldea, y corrieron con ese aire de sorpresa que da-

ba lugar á creer que sucedia alguna cosa extraordinaria: volvian la cabeza mil y mil veces, se paraban, miraban y luego corrian en silencio como sorprendidos. A poco llegaron á la plaza Catalina con su brillante traje dando el brazo á Antonio, y el hijo del alquimista conduciendo á la hermosa Julia; el padre de Antonio seguia respetuosamente á Abel, porque un hombre que da 20,000 francos á una jóven á quien ve por primera vez, y de quien nada espera, no es un sugeto despreciable. Al aspecto de esta cuadrilla reinó el silencio y todos se apiñaron á su alrededor: parecia que no tenian bastantes ojos para contemplar á Abel, cuyo traje particular y hermosura sorprendian á los aldeanos. La lámpara, sobre todo, esa lámpara que admiraba como la cosa mas preciosa del mundo, puesto que la habia re-

cibido de la *Hechicera de las Perlas*, parecia un sol del cual queria todo el mundo recibir un rayo. Despues que hubo pasado este primer furor de curiosidad, se oyó un prolongado murmullo al ver á Catalina tan hermosa y tan resplandeciente.

El dómine se hallaba al lado de Jacobo Bontemps, quien, al ver á Catalina vestida tan suntuosamente, habia arrugado el entrecejo y meneaba la cabeza de un modo muy particular; el dómine dijo á uno de sus partidarios, bastante alto para que pudiera oirlo el coracero :

— ¡ Hé ahí la ventaja de conocer encantadores ! Dan hermosos trajes : mirad á la señorita Catalina, habrá frotado la lámpara, pues dicen que es preciso frotarla para alcanzar lo que se desea.....

El tono irónico de estas palabras inflamó al sargento, quien volviéndose hácia

el pobre dómine, le dirigió una mirada imponente que le hizo callar al momento.

— ¡Por vida del emperador! exclamó; si no mirara.....; pero si vuelvo á oír una sola sílaba que ofenda en lo mas mínimo á Catalina, corto las orejas al orador..... con que de frente y paso redoblado.

Jacobo Bontemps amaba á Catalina, y la amaba profundamente, aunque sus modales bruscos parecían incompatibles con un sentimiento tan delicado como el amor: hubiera muerto por ella con la misma sangre fria que si hubiese obedecido á su capitán.

Abel estaba de pié apoyado contra los toneles; escusado es decir que Catalina no ocupó otro sitio; Jacobo se acercó á la hija del alcalde, miróla con interés y dolor, y díjole al oído de modo que nadie pudiese oírlo:

— Catalina, te amo con todo mi corazón, y te amaré siempre, aun cuando respires por otro; pero, hija mía, la vanidad te perderá; ese traje te vende, y todo el mundo murmura de tí: puedes ser mas hermosa para los demás, pero para los que te aman serás siempre la misma con cualquier vestido que te presentes..... ¿quién te ha dado esos adornos?

— La lámpara, contestó ruborizada.

— ¡La lámpara! repitió el coracero encogiéndose de hombros; ¡ah, Catalina, Catalina, yo lo averiguaré!

La hermosa jóven no oyó estas últimas palabras. En efecto, la presencia de Abel, quien solo á ella hablaba, habia embriagado á Catalina de placer; estaba alegre, animada, y su locura amorosa se hacia estensiva á toda la asamblea.

Catalina se acercaba á cada momento á

recoger las palabras de Abel, á interrogar su alma, á espiar sus miradas, á jugar con la lámpara que llevaba colgada del cuello con un cordón de seda; y Abel, por su parte, con la sencillez que le distinguía, le pasaba las manos por la cabellera, la apretaba la suya delante de todo el mundo, y todo el mundo envidiaba la dicha de Catalina; y nadie, sin exceptuar á Grandvani, se atrevía á hablar á aquel hermoso jóven.

— Hoy estás muy hermosa, Catalina, le decía Abel; y Catalina vacilaba sonriéndose con todo el mundo y diciendo á Julia:

— Soy la mujer mas feliz en este momento: me amaré.

Catalina no tuvo nunca un día mas feliz, fué la época mas hermosa de su vida; los incidentes mas sencillos de esta fiesta se grabaron en su memoria con caracteres indelebles.

Mientras que estaba vacilando con tanto abandono y gracia, se desató su collar negro y cayó á los piés de Abel. Este le levantó y jugó largo tiempo con él. Catalina, despues de la contradanza, notó la ausencia de su collar, y le buscó; Abel, ocultándole en su seno, la dejó por algunos momentos entregada á su inquietud.

— ¡Mi collar!..... dijo, y todo el mundo lo buscaba:— ¡Yo no le tendria en ningun aprecio, dijo á Abel, si no le hubiese recibido de vos!..... Abel le sacó de su seno, besó el collar y se le puso á Catalina, que furtivamente le besó en el mismo sitio en que Abel habia colocado sus labios. El collar desde este dia fue un tesoro para ella.

Cuando concluia una contradanza, se acercaba á Abel con la alegría, la ligereza y la felicidad de un cervato que corre al lado de su madre despues de haber ido á

juguetear un momento sobre la fresca yerba: mirar á su querido amante mientras que ella bailaba, desear que concluyeran la figura para encontrarse á su lado y apretarle la mano, tales eran las deliciosas bagatelas que animaron la fiesta. Para apreciar la alegría de Catalina, es preciso haber amado, es preciso haber sentido el latido del corazón al sonar la hora de la cita, cuando os han dicho:—A tal hora os esperaré...

Catalina, en quien la felicidad exaltaba todos los tiernos sentimientos, se acercaba algunas veces por compasión á Jacobo Bontemps, le acariciaba, se chanceaba con él, y el pobre coracero se contentaba con esta felicidad aparente. En fin, presentaba Catalina tantos atractivos, que todos los jóvenes de ambos sexos, mujeres y ancianos, toda la aldea, en fin, la admiraba no

con envidia, sino con ese sentimiento que se encuentra entre la admiracion y los celos. Esta fiesta fué su triunfo, el dia mas hermoso de su vida, y toda esa claridad celestial la despedia el que ella amaba; no podia prever el porvenir y gozaba de lo presente con amoroso ardor.

Durante la fiesta, recibió el sargento un pliego con el sello del ministerio de Hacienda. Catalina estaba al lado de Jacobo cuando el cartero le entregó tan importante despacho.

— ¡ Ah! dijo Catalina apoderándose de la carta, vos me hablais siempre de vuestra correspondencia con los ministros, y yo quiero saber cómo hablan, ó al menos cómo escriben; dadme esa carta, Jacobo.

— No, Catalina, no, replicó el coracero que, viendo acudir al dómine, temió que el oficio no le fuese favorable.

— Cuando uno ama á una persona , no debe tener ningun secreto para ella , contestó Catalina... Y la picaruela echó á correr con el pliego en la mano, se refugió al lado de Abel y se dispuso á abrirle.

— Pues bien, juradme casaros conmigo si esa carta contiene mi nombramiento , ó si en ella se me da esperanzas de obtenerle.

— ¡ Casarme con él !... repitió Catalina mirando ya al coracero, ya la carta, ya á Abel ; todo el mundo se agrupó á su alrededor y aguardaba con impaciencia : Jacobo no estaba tranquilo porque se iba á descubrir la verdad en cuanto á su pretendido crédito, y Catalina tenia su suerte entre sus manos.

Catalina , mirando la lámpara, juzgó que no se comprometia á gran cosa ; porque decia :—El genio que está revestido de

un poder omnímmodo, me sacará de mi compromiso, si Abel llega á amarme..... Prometió delante de toda la aldea casarse con el coracero si la carta le daba esperanza de ser dómine, y Grandvani comprometió su palabra con la de su hija.

El coracero mudó de color cuando vió que el sobre caia á pedazos, y que reinaba el mayor silencio.

Abel miraba esta escena con curiosidad sin comprender nada de lo que pasaba. Durante toda la fiesta habia experimentado esa indiferencia que causa la melancolía; y, no pensando mas que en su hechicera, gozaba poco de una felicidad que era obra suya.

Apenas hubo leído Catalina para sí las primeras líneas cuando dobló la carta y la entregó á Jacobo, quien creyó, con toda la aldea, que Catalina iba á ser su mujer: el

dómine se estremeció, pero tuvo motivos para alegrarse porque el rostro de Bon-temps no anunciaba el placer. En efecto, hé aquí lo que la carta decia :

«SEÑOR JACOBO BONTEMPS.

»S. E. se ha indignado al ver el modo con  
»que habeis reclamado su proteccion, y el  
»recuerdo de la obligacion que con vos tie-  
»ne contraida es lo único que os ha pre-  
»servado de los efectos de la cólera. Calum-  
»niar, cuando uno ha sido soldado, es un  
»medio muy poco oportuno para conseguir  
»el objeto que uno se propone; el empleado  
»que tratais de desbancar es un hombre  
»honrado, y que siempre ha cumplido con  
»su obligacion; no tiene aun los años de  
»servicio que se necesitan para que se le

»dé el retiro, y el estilo de vuestra solicitud no ha dispuesto á S. E. á proporcionarnos otro empleo, etc.»

Aterrado Jacobo, admiró la delicadeza de Catalina; pero cuando Grandvani le preguntó qué noticias habia recibido, no tuvo mas remedio que recurrir á su audacia, y le contestó que seria nombrado dómine, segun se lo prometia S. E., tan luego como encontrase otro empleo para el actual.

— ¡Y bien! No os desazoneis por eso, señor Bontemps: el recaudador de L.... acaba de morir; que me den su vacante, y os cedo gustoso mi plaza.

— ¡Veremos!... contestó Jacobo dándose la importancia de un ministro en favor, veremos... dentro de algun tiempo.

El coracero contemplaba á Abel y á Catalina, y temblaba de coraje: al ver la

cinta que sostenia la lámpara maravillosa, concibió la idea de apropiársela.

— Si esa lámpara, dijo para sí, dá veinte mil francos, vestidos y alhajas, si tiene tanto poder como se le atribuye, el genio que esté á mis órdenes me proporcionará la plaza.

Cuando la fiesta iba á terminar, despues de anohecido, Abel habló de marcharse; Jacobo se deslizó detrás de los toneles, se armó de un par de tijeras, cortó la cinta, se apoderó del precioso talisman, y antes de que Abel lo hubiese notado el coracero estaba ya lejos, siendo poseedor de tan milagrosa alhaja, y estaba loco de contento.

Julia y Catalina acompañaron á Abel hasta su cabaña, donde le aguardaba Caliban con la mayor impaciencia. Al separarse de las dos jóvenes las besó con un

candor virginal; y Catalina, cuando estuvo en su habitacion, se arrodilló y elevó al cielo una ferviente oracion dándole gracias por la felicidad que le habia proporcionado; el casto beso de Abel abrasaba aun sus labios.

---



## II.

### ABEL EN EL IMPERIO DE LAS HECHICERAS.

---

El astuto coracero estaba fuera de sí al considerar su precioso robo; se confió á uno de sus antiguos compañeros, y á media noche fueron con el talisman como el zapatero de La Fontaine con sus cien escudos: no sabian dónde ocultar su tesoro. El coracero ignoraba las formalidades que

debían preceder para que se presentara el genio de la Lámpara, y por mas que frotaba, nadie se presentaba. Tuvieron que esperar el día, y Jacobo se propuso saber por Catalina el modo de servirse del talisman.

El soldado fué, pues, á ver á Catalina, y despues de mil rodeos, le preguntó varios detalles acerca del hijo del alquimista, y fingiendo no creer en el poder de la lámpara, hizo esplicar á Catalina todo lo que se hacía para llamar al genio. Cuando llegó la noche el sargento marchó á la colina con su camarada, y despues de haber buscado y encontrado la piedra, hicieron comparecer al genio, quien les cantó su himno de obediencia.

El coracero y el húsar se quedaron con la boca abierta y admirados delante del grupo que se presentó á sus ojos: la her-

mosura de la jóven que los miraba con sorpresa, inclinándose al mismo tiempo con respeto delante de la lámpara, les hizo olvidar lo que querian.

— Yo daria esa herramienta, dijo el húsar mirando la lámpara, por abrazar á ese geniecillo.

— ¿Qué quereis? preguntó la hermosa voz.

— Quiero, replicó el coracero, que obtengais al instante para Jacobo Bontemps, ex-sargento de coraceros de la guardia, la plaza de dómine del comun de O... y, si es posible, la plaza de recaudador de L... para el actual dómine, porque no hay que perjudicar á nadie.

El negro y el genio se miraron: el africano desapareció y volvió al momento á escribir lo que Jacobo le dictase. Cuando se hubo concluido esta operacion, el

genio exclamó agitando su cabestrillo de oro:

— Antes de que vuestros ojos se hayan cerrado tres veces al sueño, antes de que hayais respirado seis mil veces y antes de que hayais visto tres auroras y tres rocíos de la noche, estareis satisfecho. Voy á volar por los aires, á atravesar los cielos, y mi amo estará contento...

Una llama azul salió de debajo de su trono y desaparecieron dejando sorprendidos á los dos soldados.

— Jacobo, dijo el húsar, no te has acordado de mí; ¿no podias pedir algo para mí? si yo tuviese dinero me casaria con la hermana de Antonio. La quinta de la señora duquesa de Sommerset está por arrendar; pide una escritura de arrendamiento para mí: el tío Tomás quiere dar quince mil francos, procura que la duque-

sa me la ceda en doce mil; me casaré con la hermana de Antonio y me enriqueceré.

Jacobo frotó la lámpara, y llamó al genio que se volvió á presentar con la misma sumision.

— Vé á buscar, le dijo el coracero, á la duquesa de Sommerset; que alquile su quinta á Juan Lebranc, ex-húsar de la guardia, en doce mil francos, y que traigan al instante la escritura para firmarla, con cincuenta botellas de vino de Champaña que beberemos en honor de la duquesa, la mujer mas hermosa del mundo: quiero tambien que el pleito que tantas costas ha causado al comun se falle al momento. Marchad...

— Antes de que hayais comprado lo necesario para esplotar la quinta de las *Granjas*, tendreis la escritura que pedís..... y desapareció.

— ¡Es un verdadero milagro !... exclamó el coracero.

Trataron de levantar la piedra é hicieron vanos esfuerzos para descubrir, á la claridad de la luna, los resortes que dirigian aquel fenómeno de la tierra; nada pudieron conseguir, y se marcharon formando mil proyectos, el coracero, para cuando fuese preceptor y esposo de Catalina; y el húsar, para cuando fuese arrendatario y esposo de Susana.

Se marcharon locos de contento; el nuevo dómine enviaba ya sus avisos, el arrendatario contaba sus vacas y sus carneros.

Mientras que hacian sus castillos en el aire, Abel estaba sumergido en el mayor pesar : habia perdido su querida lámpara, y la buscaba por todas partes y no la encontraba. Marchó á la aldea con Caliban,

persuadido de que la encontrarían en el camino si se le hubiese caído, y contaban con que se la devolverían si se la hubiesen quitado. Las quejas de un amante que ha perdido á su amada no pueden compararse al dolor que Abel experimentaba.

A la mitad del camino encontraron á Catalina, que cantaba un romance amoroso.

—¿Qué tienes, Abel? dijo con temor deteniéndole y agarrándole la mano; tú estás triste, ¡oh! dime lo que te hace padecer : seré feliz si comunicas tus penas á mi corazón.

—Catalina, dijo, he perdido la lámpara.

A esta palabra, la hija del alcalde le detuvo y se quedó sorprendida; y solo se puede comparar el estado de su alma á una cámara oscura en la que se introduce un rayo de sol.

—Abel, dijo, yo soy la causa involuntaria de tu afliccion, porque por acceder á mis súplicas has bajado al valle; y yo no debo omitir sacrificio alguno á fin de devolverte la lámpara que te han robado. Aguárdame, espera, y dentro de poco me volverás á ver.

Saltó á través de los matorrales tomando el camino mas corto y mas escabroso; se sentia mil veces mas ágil, porque corria con el objeto de ser útil á su querido Abel. Caliban la miraba, temiendo á cada momento verla caer; pero el amor la sostenia.

Atraviesa la pradera, llega á la aldea, corre á casa de Bontemps, abre la puerta con violencia y encuentra al coracero y á su camarada en contemplacion delante de la lámpara. Antes de que Jacobo haya hecho un movimiento, se apodera del tesoro

persuadido de que la encontrarían en el camino si se le hubiese caído, y contaban con que se la devolverían si se la hubiesen quitado. Las quejas de un amante que ha perdido á su amada no pueden compararse al dolor que Abel experimentaba.

A la mitad del camino encontraron á Catalina, que cantaba un romance amoroso.

—¿Qué tienes, Abel? dijo con temor deteniéndole y agarrándole la mano; tú estás triste, ¡oh! dime lo que te hace padecer: seré feliz si comunicas tus penas á mi corazón.

—Catalina, dijo, he perdido la lámpara.

A esta palabra, la hija del alcalde le detuvo y se quedó sorprendida; y solo se puede comparar el estado de su alma á una cámara oscura en la que se introduce un rayo de sol.

—Abel, dijo, yo soy la causa involuntaria de tu afliccion, porque por acceder á mis súplicas has bajado al valle; y yo no debo omitir sacrificio alguno á fin de devolverte la lámpara que te han robado. Aguárdame, espera, y dentro de poco me volverás á ver.

Saltó á través de los matorrales tomando el camino mas corto y mas escabroso; se sentia mil veces mas ágil, porque corria con el objeto de ser útil á su querido Abel. Caliban la miraba, temiendo á cada momento verla caer; pero el amor la sostenia.

Atraviesa la pradera, llega á la aldea, corre á casa de Bontemps, abre la puerta con violencia y encuentra al coracero y á su camarada en contemplacion delante de la lámpara. Antes de que Jacobo haya hecho un movimiento, se apodera del tesoro

de su querido Abel y lanzando una mirada aterradora al ex-sargento :

—¡Cómo, le dice, habeis podido privar al bienhechor de Julia de su talisman! ¡hubiera muerto de pena el infeliz jóven!

Jacobo y Juan se quedan sorprendidos, Catalina se escapa y corre con mas ardor hácia la colina; los aldeanos que la vieron volar con la lámpara, creyeron que el mágico talisman la llevaba por los aires, y fueron á decir á Grandvani que la lámpara se llevaba á su hija.

Llega sin respiracion, y desde el pié de la colina grita á Abel :

—¡Abel, aquí está!... tranquilízate... Trepa por la montaña y llega, en fin, á donde se hallaba su amante.

—Abel, dice conmovida, ¡ah! Catalina ha vivido, si Catalina ha podido causarte un momento de placer.

—¡Placer! exclamó Abel, ¡ah! te debo la alegría mayor que he experimentado en mi vida.

—¡Pues ya puedo morir! respondió confundiendo con sus miradas su alma con la de Abel; ¡ya puedo morir!

—¿No es un regalo de mi hechicera? decía Abel besando la lámpara.

Esta palabra hirió en el corazón á la pobre Catalina, la que permaneció por largo rato inmóvil y silenciosa.

—Abel, dijo en fin, permite que tu Catalina te pida una cosa... pero, añadió, después de haberle mirado con dolor, quisiera que me prometieras hacer lo que deseo y que me lo prometieras antes de saber lo que voy á pedirte.

—Lo prometo.

—¡Pues bien! continuó la hermosa aldeana, quisiera ver á tu hechicera sin que

ella me viese á mí... Quiero saber si es tan hermosa, tan hermosa, que no pueda ser oscurecida.

—Lo procuraré, dijo Abel, para lo que te ocultarás alguna noche en el laboratorio.

—¿Con que tanto te ama esa hechicera? preguntó Catalina.

—Me contento con amarla, respondió Abel, y no me atrevo á esperar que me corresponda.

—¿Luego serás muy feliz, continuó Catalina, queriendo á un sér sobrenatural que no te ama?

Abel calló; este silencio dió alguna esperanza á la pobre aldeanita, quien, despues de haber contemplado á su amado, regresó lentamente á su casa. Sentose al lado de su padre y le contó el robo de la lámpara. Suspiraba, lloraba y sin cesar mi-

raba la pared, creyendo ver siempre á Abel.

Algunos días despues, un correo atravesó rápidamente la aldea, detúvose á la puerta de Jacobo Bontemps, le entregó un pliego que llevaba el sello del ministerio de Hacienda; el coracero al abrirle encontró su nombramiento de dómine y el de recaudador para el dómine actual; una real órden que terminaba el pleito, y una escritura de arrendamiento firmada por la duquesa de Sommerset tal como la habia pedido Jacobo Bontemps; en fin, una carta de un escribano en la que señalaba dia para autorizar la escritura otorgada á favor de Juan Leblanc.

—¿Y las botellas de vino de Champaña? preguntó Jacobo.

—Hace tiempo que están en vuestra bodega, contestó el mensajero, que volvió á

montar á caballo y desapareció á galope tendido. .

El coracero bajó á la bodega, y encontró efectivamente las botellas perfectamente colocadas. Con aire de triunfo se presentó en casa de Grandvani con el dómine y Juan Leblanc; entregó al alcalde la real orden y reclamó la mano de Catalina.

Al oír tan desagradable petición, la pobre muchacha se puso pálida y colorada, tembló y no encontró por el momento mejor espediente que pedir un plazo de algunos días, plazo que le fué concedido.

Dejemos á Juan Leblanc y á Jacobo Bontemps entregados al sentimiento de no haber exigido del genio de la lámpara cien mil libras de renta; dejemos á todos los aldeanos sorprendidos y admirados, sentir que, por hallarse ausente el cura, no pue-

da decirles si es pecado creer en el omnimodo poder de las hechiceras; dejemos tambien por un instante á Catalina, por mas interesante que sea, dejémosla llorar y afligirse en medio de la general alegría, y volvamos al hijo del alquimista y á la encantadora *Hechicera de las Perlas*.

Algunos días habia estado Abel privado de las maravillosas apariciones de la que él adoraba. Su melancolía empezaba á ser estrema, y Caliban se inquietaba al ver que perdian el color las mejillas de su amo, cuyos discursos y acciones indicaban, á su parecer, algunos síntomas de locura.

— No puedo vivir sin ella, decia Abel al anciano criado; todo es para mí insoportable. Yo he leído que la vida es un banquete; pues bien, yo no deseo en este banquete mas que un solo plato al que no

puedo llegar; todos los demás me repugnan.....

Una noche dormía profundamente, y entre sueños sintió que le arrastraban rápidamente; le pareció que tenía alas y que volaba; alargaba las manos, creyendo que iba á caer; despertóse, en fin, en medio de tan penosas sensaciones..... y entonces se vió al lado de la encantadora hechicera en un carro aéreo: le miraba dormir; Abel, al abrir los ojos, turbados aun por el sueño, se encontró con las ardientes miradas de la *Hechicera de las Perlas*; caballos infatigables arrastraban el carro que volaba como una nube empujada por la tempestad.

Abel estaba casi en los brazos de la hechicera, cuyo aliento podía saborear. Cuántos placeres experimentó cuando conoció que su cabeza debía de haber des-

cansado sobre el seno de tan divina criatura.

La hechicera le miraba sin desplegar los labios, y sus ojos despedían una llama húmeda, con la que se embriagaba Abel.

— ¿Dónde estoy?..... dijo al fin.

— Al lado de vuestra hechicera..... contestó con voz tan conmovida que aumentó la turbación de Abel.

— ¿A dónde vamos?

— Al imperio de las hechiceras; ¿no habeis deseado presenciar las mágicas escenas á las que asisten los genios, los encantadores y las hechiceras? Mi carro os conduce á una de sus mas brillantes reuniones.....

— ¡Cómo! exclamó, ¿las veré yo cara á cara?.....

— Sí, respondió la hechicera; pero con

una condicion : escuchad ; cuando yo os lo diga cerrareis los ojos, porque os espondriais á perder la vista si en algunos momentos os hiriese la luz.....

Abel prometió lo que la hechicera le exigia con una inclinacion de cabeza; porque estaba sumergido en una inefable admiracion, contemplando la peregrina hermosura de la *Hechicera de las Perlas*. Estaba vestida con elegante suntuosidad que la embellecia, sin que ese brillo perjudicase en lo mas mínimo la dulzura que se dibujaba en su rostro con el amor y la bondad.

Su cabeza estaba coronada de flores, colocadas artísticamente ; los negros bucles de sus cabellos caian simétricamente á lo largo de su rostro, aumentando de este modo la finura de su mirada, y el brillo de su hermoso cutis..... Guardaba silen-

cio, pero las miradas que dirigia á Abel decian al parecer al jóven que hablase á su vez y que cada palabra que saliese de su boca seria acogida con entusiasmo. Sus pensamientos durante tan encantador silencio viajaron seguramente por la misma region, porque sus manos se juntaron, se apretaron involuntariamente, y Abel exclamó con la graciosa sencillez que tan natural le era:

— ¡Padezco!..... mi corazon está oprimido.

— ¿Teneis algun pesar? dijo la hechicera.

— No, dijo, creo al contrario que soy demasiado feliz.

La hechicera se ruborizó y bajó los ojos sin responder: y este momento no se horroró nunca de la imaginacion de Abel. Se encontró con bastante fuerza entonces pa-

ra hablar de su amor; pero un temor invisible y un invencible pudor le helaron los sentidos y le trabaron la lengua.

Durante este viaje, sus ojos fueron los únicos que hablaron, y muchas veces una sonrisa encantadora se asomó á sus labios y les hizo comprender que se entendían. ¿Puede darse cosa mas deliciosa que ese lenguaje del alma; ese poder simpático que, sin el incompleto auxilio de las palabras humanas, nos hace adivinar lo que piensa, lo que desea, lo que ambiciona el objeto que amamos? En esta region pura del pensamiento ajena á las estrañas sensaciones del cuerpo, reina un encantó sutil que no puede proporcionar ninguna palabra humana, porque ninguna palabra humana puede manifestar la idea de un misterio que solo puede ser sentido. Parece que en estos momentos una llama lige-

ra pasa de uno á otro corazon comunicando sucesivamente los pensamientos.

Abel y la *Hechicera de las Perlas* gozaron de este sobrehumano deleite, y estas dos maravillas de la naturaleza que estaban dotadas de almas dignas de la perfeccion de sus cuerpos, se comprendieron tan perfectamente que al terminarse el viaje, siendo ya los ojos de Abel demasiado expresivos, la encantadora hechicera hizo con su abanico una seña llena de delicadeza y de gracia para obligarle á bajar sus largos párpados, y le dijo: ¡Silencio, Abel!

A esta frase, la única que habia sido pronunciada despues de una hora, se miraron ambos y se echaron á reir.

— ¡Ah! dijo Abel; ¡no conozco nada mas delicioso que un amor que nace y crece en medio del buen gusto, del lujo y de

la elegancia! Veros siempre adornada, respirando los mas suaves perfumes, rodeada del prestigio de vuestro poder..... ¡Ah! eso es demasiado!..... ¡si yo no soy mas que vuestro protegido, quiero morir!.....'

— ¿Morir?..... ¡ah! ¡vivid, Abel! ¡vivid para mí!.....

En este momento tapó á Abel los ojos con su mano, y Abel oyó un ruido confuso, gritos y voces; pero al cabo de un cuarto de hora se detuvieron: la hechicera le encargó que cerrara bien los ojos; y, llevándole de la mano, le guió á través de galerías y de escaleras. En fin, llegaron á un sitio en que la hechicera hizo sentar á Abel, y le permitió abrir los ojos, pero con la condicion de que solo á ella debia mirar.

— Y aun cuando los cielos estuviesen

abiertos, dijo, no veria tampoco mas que á vos.

De pronto rompió una música encantadora; la hechicera descorrió con su hermosa mano una cortina que habia delante de ellos, y Abel se quedó mudo de sorpresa al ver el mágico cuadro que se le acababa de representar.

Un vasto circo decorado de columnas de guirnaldas, rosetones y plintos dorados, contenia una multitud innumerable de genios y de encantadores: de trecho en trecho vió Abel una infinidad de hechiceras mas hermosas las unas que las otras: se le aparecieron rodeadas de una nube de luz; porque entre cada fila de hechiceras brillaba un espejo de diamantes cargado de bujías que despedian una claridad maravillosa. Sus vestidos rivalizaban en riqueza y elegancia; reian, hablaban

y se chanceaban con los encantadores y los genios que estaban detrás de ellas.

Reinaba el mas profundo silencio y todos escuchaban con atencion una música encantadora: Abel creyó que estaba en el cielo, creyó oír las mágicas voces de los ángeles: estaba profundamente conmovido y no podia hacer otra cosa que apretar dulcemente la mano de su hechicerilla, que gozaba de su sorpresa con un placer indecible.

—¡Ocultaos bien en este ángulo, le dijo, porque si las hechiceras mis compañeras notaran la presencia de un mortal a mi lado, seria perdida!..... bastante trabajo me ha costado ya introducirlos, á pesar de que estais vestido como un genio.....

En efecto, el traje de Abel era enteramente parecido al que llevaban los genios. Volvióse, miróse en un espejo, y admiró

tan sorprendente encantamiento. Tal vez experimentaría también un momento de coquetería al reparar que era más hermoso que la mayor parte de los genios que veía.

De pronto cesó la música, y dando un golpe con la varita el genio que presidía la orquesta, desapareció de repente una mágica decoración que cautivaba la atención de Abel, y un espectáculo mucho más sorprendente vino á sumergirle en un océano de nuevos goces.

Un palacio adornado con profusión de columnas de mármol y de pórfiro, con galerías que se perdían de vista y maravillosamente suntuoso, se ofreció á sus miradas como por encantamiento: una multitud brillante de hechiceras y de genios vestidos magníficamente, y de los cuales le recordaban algunos el genio de la Lám-

para, entonaron un canto de alegría, que le aturdió algun tanto el oído, pero la hermosa *Hechicera de las Perlas* le dijo que era preciso ser un genio para apreciar la armonía de aquel concierto, cuyo canto no convenia mas que á la tropa inmortal de los encantadores, por no comprenderle los hombres.

— Aguardad un poco, continuó, y vereis los genios entregados á una especie de frenesí llegar á las manos con encarnizamiento; porque aquí pasan cosas que os sorprenderán extraordinariamente.

En efecto, al cabo de un cuarto de hora hubo un estrépito tal, que Abel tuvo que taparse las orejas; sin embargo, se sucedian numerosas maravillas para sorprenderle: un palacio fue reemplazado por un bosque, campos y cabañas; la cabaña por un jardin, el jardin por un calabozo, el

calabozo por sitios que le enajenaron de admiracion.

No tenia bastantes ojos, ni bastantes oidos para oir los cantos y la música, y para ver el baile de las mas hermosas hechiceras. Estos mágicos cuadros estaban mezclados con advertencias curiosas de la *Hechicera de las Perlas*, que por intervalos le esplicaba los usos y costumbres del imperio de las hechiceras.

— Los genios que veis aquí reunidos, le decia, tienen manías muy originales; se les puede tocar la mano, los dedos, los brazos, los hombros, todo el cuerpo, en fin, excepto la mejilla..... luego que la mejilla de un genio ha sido tocada aunque ligeramente por otro genio, no se puede lavar mas que con sangre : los encantadores no están sometidos á esta necesidad. Tienen tambien lo que ellos llaman su *patriotismo*,

que consiste en alabarse á sí mismos acerca de su valor y de su gloria, y sería un atentado reconocer el valor de las otras naciones de genios. Hay mas: ¿veis á algunos encantadores que llevan una cinta encarnada en sus vestidos? pues bien, esa cinta es una de sus pasiones. Colgad una golosina en una sala y soltad unos perros, se fatigarán saltando para alcanzar algunos pedazos; lo mismo sucede con los genios respecto á la cinta: se fatigan y se consumen haciendo mil esfuerzos para alcanzar un pedazo, y cuando le tienen, le miran ya con indiferencia.

En fin, veis genios vestidos con el mayor esmero y cargados de alhajas, ¡ay!..... eso es lo que mas les gusta..... Vos, Abel, con vuestra alma sensible y noble, á pesar del cortejo de virtudes y de gracias que os acompaña, y con vuestra hermosa

figura, si no estuvierais vestido con elegancia, como lo estais ahora, seriais mirado con indiferencia: el último de los encantadores seria preferido á vos. Entre otras cosas, hay genios que les enseñan el arte de matarse con elegancia y segun ciertas reglas. Si entre los genios hay algunos superiores, nadie hace caso de ellos mientras viven; y cuando mueren se los celebra. Generalmente miran los genios con indiferencia las grandes acciones, y á las insignificantes les dan una importancia extraordinaria: es preciso gastar diez veces mas para pasearse que para comer; y hay animal cuya manutencion cuesta mas que la de las personas.

En fin, la religion de los genios consiste en arrodillarse, leer en un libro y escuchar los himnos; pero hacer bien, salvar á los desgraciados..... ¡Ah! son tan pocos

los genios que reúnen el culto exterior y el culto interior que mora en la conciencia: para la mayor parte, el culto exterior es todo, y creen ganar el cielo como se gana una partida de ajedrez, á fuerza de cálculo y de astucia.

— Lo que me decís, contestó Abel, me sorprende mucho mas de lo que veo.

— ¡ Ah! replicó, aun diré otras cosas mucho mas sorprendentes.

— Proseguid, dijo Abel, prefiero oiros: porque por la armonía de vuestras palabras daría toda la orquesta de vuestros genios.

— Ya no tenemos tiempo de hablar, replicó la *Hechicera de las Perlas*, porque la fiesta toca ya á su fin; mirad, dijo enseñándole una encantadora que llegaba, mirad con atencion.

Abel se quedó sorprendido al ver á la

que no vaciló un momento en llamar la *Hechicera del Baile*. En efecto, al ver que apenas tocaba con los piés en el suelo, se preguntaba á sí mismo si aquella hechicerrilla era una sombra fugitiva separada del cuerpo. Pero esta deliciosa danza no era nada en comparacion de la accion muda de la fisonomía de la hechicera y de los sentimientos que espresaba con los movimientos y actitudes de su ligero cuerpo.

Lloraba á un amante querido, que la suerte de los combates habria hecho sucumbir á los esfuerzos de los enemigos: cada movimiento de aquella admirable hechicera retrataba tambien el dolor, comunicaba todas sus penas al alma de los que la miraban. En fin, volviése loca, y Abel, aterrizado, apretaba con fuerza la mano de la *Hechicera de las Perlas*: el ingenuo sentimiento que manifestaba causaba un

placer inesplicable á la hechicera, porque tenia en cierto modo las primicias de las emociones de aquel corazon jóven. Gozaba con las lágrimas que él derramaba por infortunios fingidos, porque aquellas lágrimas le revelaban con toda su estension la bondad del alma de Abel.

Cuando la loca encontró en los campos una boda de aldea que le recordó su casamiento y cuando vió los vestidos de la novia, espresó que ella tambien habia sido conducida á la iglesia con un traje semejante; remontándose entonces á los tiempos de su felicidad, empezó un baile vivo y gracioso que un terror sordo le hacia suspender de cuando en cuando; esta mezcla de locura y de alegría, estas reminiscencias de felicidad y de desgracia espresadas con verdad, arrancaron á Abel un grito de dolor y de admiracion.

En fin, en medio del mayor parasismo de la locura de la jóven, llega su esposo, que ella creia muerto: la infeliz cree que es la vision de un sueño de amor, y no se atreve á acercársele, hasta que por fin se decide á ellô gradualmente, alarga tímidamente la mano, le toca, siente latir su corazon, le mira, ve demasiado amor en sus ojos para dudar de su existencia, y, recobrando la razon, se desmaya y muere de placer.

En este momento la hechicera tuvo que llevarse á Abel, porque lloraba á mas no poder y todos los espectadores empezaban á dirigir sus miradas al palco.

— ¡Cerrad los ojos!..... exclamó la hechicera que le arrastraba.

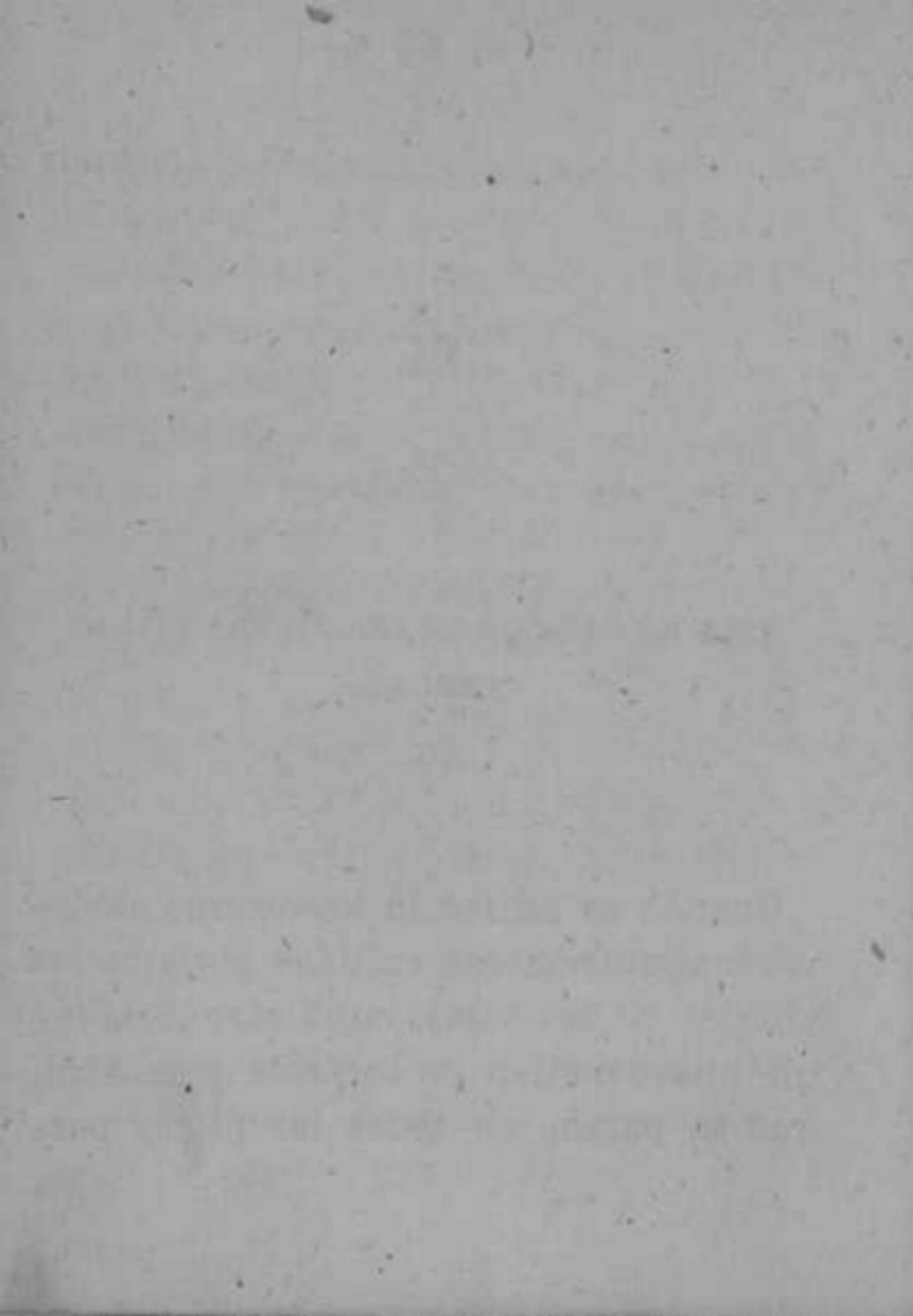
Cuando Abel se sosegó enteramente, se encontró en el carro de la hechicera.

— ¿A dónde vamos? preguntó.

— A mi palacio, y desde hoy llevareis la vida de los genios.

En efecto, el carro entró en un magnífico vestíbulo, Abel y la hechicera se apearon, y la hermosa encantadora guió á su protegido á través de una magnífica escalera con columnas de mármol.

---



### III.

#### ABEL EN CASA DE LA HECHICERA DE LAS PERLAS.

---

Cuando se acercó la hechicera, esclavos magníficamente vestidos abrieron las puertas de las salas, cuya elegancia fué un nuevo motivo de sorpresa para Abel, que se paraba en todas las piezas para

contemplar las maravillosas curiosidades que las embellecían.

Cuando llegaron al gabinete, la hechicera tomó por la mano á Abel, y enseñándole encima de la chimenea un admirable grupo de bronce, le esplicó cómo se marcaban las horas en el imperio de las hechiceras, y le dijo:—Es tarde, Abel, seguid á esa esclava. Aquí, continuó, os dejo en entera libertad para que podais ir y venir como mejor os parezca, con tal que no salgais de mi palacio. Desapareció.

Abel fué trasladado á una habitación divina, casi tan magnífica como el *gabinete de las Perlas*, pero mas sencilla. Apenas se hubo acostado en un lecho compuesto de telas suaves como la seda, cuando oyó una lenta y dulce armonía que le convidaba al sueño, y se durmió mecido por tan encantadora música.

La rapidez de las sensaciones de aquella noche de encantamiento no le habian dejado el uso del pensamiento, y se durmió sin haber tenido tiempo de reflexionar acerca de cuanto habia visto: y ya sea á consecuencia de aquella multitud de sensaciones, ya sea efecto de una velada á la que no estaba acostumbrado, lo cierto es que se quedó profundamente dormido, de modo que pareció que en casa de las hechiceras se dormía mejor que en el mundo real.

Hay en el sueño un fenómeno que todo el mundo debe haber observado: muchas veces, á pesar del estado de impasibilidad en que se encuentra nuestra alma, experimenta uno cierto presentimiento que procede al parecer de un instinto extraño. Este presentimiento nos advierte que despertemos, ya porque es tal ó cual hora, ya porque un

ruido ligero que nuestros sentidos han oído sin que se nos haya revelado enteramente, ha sonado en nuestra habitación: á consecuencia de una prevision de este género despertó Abel por la mañana.

Creía oír que su querida *Hechicera de las Perlas* estaba allí... Abrió los ojos y vió aun entre sueños el rostro encantador de su protectora. Estaba inclinada hácia una arpa, y sus hermosas manos vagando por sus armoniosas cuerdas producian sonidos que llenaban el alma de Abel de una alegría indecible: parecia que el mas puro deleite los rodeaba.

La *Hechicera de las Perlas* gozaba al ver despertar á Abel, como goza la naturaleza á la salida del sol. La hechicera estaba vestida con una sencillez extraordinaria que formaba un hermoso contraste con la elegancia y riqueza del traje que llevaba la

vispera: un vestido blanco de muselina parecía un ligero velo echado al descuido sobre sus encantadoras formas.

— Y bien, dijo ella, ¿cómo os encontráis en el palacio de una hechicera?..... Y se sentó en el borde de la cama del joven con una libertad menos amorosa que maternal.

La hechicera, sin aguardar la contestación de Abel, se puso á jugar con él. La vivacidad de sus preguntas y de sus réplicas, la ligereza con que daba mil vueltas á su conversacion siempre agradable, y en fin el conjunto de sus maneras hubieran revelado á cualquier otro que no fuese Abel una alma apasionada, pero demasiado viva para ser constante. Parecia que miraba á Abel como á un juguete, como á un entretenimiento: la sencillez de ese hijo de la naturaleza, el candor de su alma

la sorprendía, y era como una diosa que se burla de un mortal y que á pesar de amarle no sacrificaría el mas mínimo de los placeres ó de los deberes de su divinidad.

Abel amaba demasiado y carecia de experiencia para juzgarla así; no veía mas que las gracias y la peregrina perfeccion de este sér encantador.

Le dejó para prepararle por sus propias manos un almuerzo. Le condujo á una sala adornada con columnas de mármol y le hizo sentar en un confidente, delante de una mesa cargada de manjares y cosas que escitaron la sorpresa de Abel.

No se atrevia á tocar los preciosos cristales que le rodeaban, tenia miedo de manchar los manteles cuya blancura competia con la de la nieve, y admiraba la plata trabajada y esculpida que contenia manjares desconocidos para él.

Su querida hechicera estaba á su lado, separábalos tan solo un almohadon de púrpura, y con frecuencia podia tocar su mano, su brazo y la gasa que la cubria. Ella le servia, y lo que mas le gustó del imperio de las hechiceras, fué que *la de las Perlas* comió de cuanto él comia, y que bebió en el mismo vaso que él.

—Es una costumbre muy antigua, le dijo; la hemos abolido, pero me parece que hemos hecho mal (1).

De este modo procuraba la hechicera derribar la barrera de respeto que la separaba de Abel. Este no se atrevia á entregarse á una libertad que empezaba á desear y á comprender; veia á la hechicera

(1) En los siglos de caballería, cuando una dama queria favorecer á un caballero, le hacia sentar á la mesa junto á ella y comian juntos.

imponente y majestuosa á pesar de que el amor ésparcia sobre aquella escena una magia indefinible: todo lo que se permitia, era atreverse, aunque tímidamente, á acariciar los dedos de la hechicera al tomar el vaso, y ruborizarse cuando fingia esta incomodarse. Acababa un manjar cuando ella le habia empezado, imprimia sus abrazados labios en el sitio del vaso en que ella habia bebido, y devoraba con ardor las miradas, las palabras de la hechicera; á pesar de que se cruzaban mil pensamientos en su imaginacion, no se atrevia á pronunciar una sola palabra; parecia que toda su vida estaba concentrada detrás del terso cristal de los ojos de la divinidad.

La pobre Catalina, esa jóven tan sencilla y tan modesta ¿podia tener atractivos para Abel y entrar en comparacion con la *Hechicera de las Perlas*?...

Aunque Catalina amaba con ardor, no era correspondida. Si en el mundo no hay mas que cierta cantidad de cada sentimiento del cual toma su parte cada sér, Catalina tenia en el corazon todo el amor de la naturaleza, y habia en él además toda la sencillez y todo el candor que era de desear; pero ¿podia poseer, como la hechicera, el cortejo de perfecciones, la majestad, la grandeza y los seductores encantamientos de la riqueza y del poder? En una vivia el amor con todos sus atractivos, y aunque la otra tenia tanto amor por el momento, le manifestaba sin embargo con mas sencillez, pero seguramente con mucha mas gracia! además, la hechicera era amada; ¿qué digo amada? adorada!... El amor de Abel, confundido con el de la hechicera, embellecia cada sonrisa, cada movimiento, con un atractivo que

Catalina encontraba en Abel, pero que Abel no encontraba en Catalina.

Al terminar el almuerzo, Abel había adquirido ya alguna confianza, y empezaba á dirigir alguna que otra sonrisa á la hechicera y se atrevía á agarrarle la mano, pero furtivamente, y cuando ella fingía no notarlo, á pesar de que saboreaba la dulzura de aquella caricia divina.

Se pasó todo el tiempo jugueteando amorosamente ; la hechicera divertía á Abel con un talento admirable, ya con discursos chistosos, ya cantando á su lado, ya arrancando del seno de su arpa mágicos conciertos. Abel padecía uno de los mayores tormentos que el hombre puede experimentar.

En efecto, á cada momento crecía el amor en su alma como las aguas en una inundacion cuando se rompen los diques ;

desde que habia entrado en el palacio de la hechicera, queria arrojarse á sus piés y declararle su amor: A cada momento se decía ¡voy á hablar! pero un invencible temor, un pudor secreto le contenia, ya sea que temiese el enojo de su hechicera, ya sea que temiese no espresar cuanto sentia. Los tormentos de esta indecision eran terribles para Abel, porque se encontraba á cada momento delante de su hechicera como un jugador que arriesga cuanto posee, y que, dentro de un momento, se hallará en el colmo de la felicidad ó en la tumba. Con frecuencia pronunciaba imaginariamente las frases de su amoroso discurso, y cuando iba á repetirlas á su hechicera, una mirada, un gesto, una palabra le detenian. La hechicera al parecer sabia lo que pasaba en el alma de Abel y se complacia en atormentarle.

En fin, por la noche, á la luz misteriosa de las bujías y despues de haber contemplado á la hechicera radiante de hermosura, Abel, sin caer á sus piés, le agarró la mano, y venciendo el miedo, le dijo :

— ¡Hermosa hechicera!... cuando pronunció esta palabra con la idea de hacerle la pintura de todo lo que experimentaba, su corazon recibió una dosis escesiva de sangre, y un movimiento de fuerza increíble hizo estremecer todo su cuerpo.— Hermosa hechicera; continuó despues de un momento de silencio; hace tiempo que quiero hablaros y no me atrevo; ignoro lo que mi corazon experimenta, pero sé que solo puedo espresarlo diciéndoos, ¡os amo! Casi me avergüenzo de confesaros que os amo mas y menos que á mi madre; os amo menos, porque experimento en mí cierta cosa tumultuosa cuando me mirais, sien-

do así que el aspecto de mi madre no me turbaba. Yo hubiera dado mi vida por mi madre, y quisiera poder sacrificar mil por vos; y besaba mil veces á mi madre, y un solo beso me parece un crimen cometido hácia vos: experimento el deseo de dárosle, y no me atrevo á satisfacerle.

En una palabra, padezco cuando estoy junto á vos; estaba tranquilo y era feliz junto á mi madre, y sin embargo me gusta estar á vuestro lado; açudia á la voz de mi madre y la vuestra me hace estremecer; en fin, ¿qué os diré? No conociendo mas que el amor de un padre ó de una madre para esplicarme lo que experimento, me parece que vos sois para mí una madre á quien amo con delirio... vos, que sois tan poderosa, podeis quizás borrar de mi alma tantos pensamientos como la abruman, y dar á mi cariño una espresion mas dulce,

mas pura, menos fogosa, porque muchas veces me siento arrebatado (¡lo diré!) por un furor que apenas puedo contener... necesito una palabra vuestra... vuestros labios están demasiado sonrosados, me tientan, y me afeo todas mis ideas... cuando vuestra sonrisa parece convidarme...

A esta palabra se levantó la hechicera; Abel temió haberla ofendido, cayó á sus piés y deteniéndola por el vestido :

—¡Ah! hermosa hechicera, continuó, conozco que mi lenguaje no es digno de vos; pero no habiendo amado nunca y no amando mas que á vos, ignoro cómo se habla de amor en vuestro imperio ; no soy mas que un pobre mortal, pero á pesar de ser mortal, siento en mi corazon tanto amor que no desespero de acercarme á vos...

Sus ojos derramaban lágrimas y estaba

interesante en aquella humilde postura; sus ojos, que brillaban á través de las lágrimas, arrancaron á la hechicera la sonrisa mas divina que se puede haber visto en labios humanos, es decir, de forma humana.

Le levantó sin hablar una palabra, y le acompañó á la habitacion que le habia destinado en su palacio. Cuando Abel entró en ella, le presentó la hechicera su mano, y desapareció como para ocultarle su emocion.

Abel despertó el dia siguiente; la sonrisa con que habia acogido la hechicera su discurso estaba grabada en su corazon. Estrañó no oir la música encantadora cuyos armoniosos acentos le habian herido al despertar; abre los ojos para admirar la suntuosidad del sitio en que dormia... ve el laboratorio, las retortas, los hornillos,

la chimenea, el polvo. No oyó mas música que la del canto de los pájaros de su jardín; la desesperacion se apoderó de su alma, vió que acababa de pasar una noche dominado por las ilusiones demasiado risueñas de un sueño de amor, y que toda su felicidad era obra de su imaginacion. Recordó cuán seductora y bella habia visto á la hechicera, y repasó tristemente su alma en los acontecimientos de la noche.

IV.

QUIÉN ES LA HECHICERA DE LAS PERLAS.

---

Abel se vistió, y al ver los vestidos de su sueño empezó á creer que las sensaciones multiplicadas que habia experimentado podian ser reales, á pesar de que el recuerdo que de ellas conservaba estaba cubierto con esos vapores que rodean las

ilusiones de la noche. Vió á Calibau que se acercó á él : este fiel criado se alegró al volver á ver á su amo, y, arrastrándole fuera de la cabaña, le enseñó á Catalina que estaba sentada encima de la piedra, y en cuyo rostro estaba grabado el mas acerbo dolor.

Abel se acercó : Catalina levantó la cabeza, dió un grito y se precipitó llorando en los brazos del jóven.

—Por espacio de tres dias, dijo, he venido todas las mañanas, aguardando mi sol, mi vida... Pero nada disipaba la noche de mi alma. Cada vez que subia la colina, decia para mí, ¡hoy estará!... Lo decia tambien al bajar; estaba triste porque no habias llegado... ¡Ah! si yo tuviese un enemigo y le quisiera mal, desearia que aguardara tres dias... á la persona que amase.

—¡Catalina!... querida Catalina...

—¡Ah! querido Abel, qué hermoso estais!... ¡Ah! dejadme que os mire.

—¡Estoy hermoso!... pues sabe que la hechicera es la que me ha dado estos vestidos, y ella es quien ha bordado las flores de esta preciosa tela.

—¡La hechicera, siempre la hechicera!.....

—¡Ah! Catalina, ella me ama... lo sé á no dudarlo... he visto su palacio, el imperio de las hechiceras... no sé lo que me pasa... Y Abel contó á Catalina las maravillas de que habia sido testigo y las delicadas atenciones de la hechicera; díjole tambien que le echaba leche en el vaso para temperar un licor divino que aumentaba en el cerebro la actividad del pensamiento y animaba el amor, etc.

—Abel, te suplico que me proporciones

ser testigo de una aparicion de la hechicera.

—Ven esta noche, contestó Abel; debe recuperar la lámpara porque, segun dice, no la necesito ya. ¡Oh Catalina! yo no me atrevo á revelarte mi esperanza.

—¿Se casará contigo la hechicera? dijo Catalina.

—Así lo creo, contestó, pero ignoro cómo puede un hombre ser el marido de una hechicera...

—¿Y serás feliz, replicó Catalina, si te casas con una mujer que tiene mas poder que tú?... ¿Y si te engañase?

—¡Imposible!... exclamó Abel... ¡imposible!... Se conoce, cuando eso dices, que no has visto su sonrisa.

Catalina miró á Abel, y, no pudiendo contener las lágrimas, huyó despues de haber prometido volver por la noche.

Al anochecer cumplió en efecto su palabra; habia dejado acostado á su padre, que la habia reprendido ligeramente porque, decia, que estando próximo su casamiento, corria demasiado por los campos, y que no parecia bien anduviera sola tanto tiempo: Jacobo Bontemps se habia quejado.

Habia tranquilizado á su padre á fuerza de caricias y de besos... Y poniéndose de acuerdo con Francisca, habia dejado su lecho virginal y corrido á la cabaña para ver á la hechicera, y sobre todo á su amado.

Abel estaba sentado en aquel mismo sillón carcomido que habia formado las delicias de la infancia; tenia los codos apoyados en la mesa, en la que en otro tiempo limpiaba sus granos Caliban, y pensaba en su hechicera; la lámpara alumbraba el laboratorio. Catalina, haciendo señas á Ca-

liban, se deslizó ligeramente, pasando por la puerta que estaba entreabierta, y acercándose de puntillas á Abel le saludó con un beso.

—¡Ah! ¡eres tú, Catalina!..

—Sí, dijo ella, vengo á ver la hechicera... pero su divina sonrisa decia que Abel ocupaba todos sus pensamientos.

—¿Dónde te ocultaremos? preguntó este mirando á todos lados. El parecer de Caliban prevaleció, y se decidió que el gran sillón carcomido seria colocado entre los hornillos y la chimenea, y que Catalina se ocultaria detrás de aquel, guardando el mas profundo silencio.

Catalina procuró ocultar su pesar y jugueteó toda la noche con Abel; las caricias de su amigo le daban alguna esperanza siempre que ella hablaba ó jugaba con él.

En fin, Abel se echó en la cama, Cali-

ban se retiró y á media noche se presentó con su brillante traje la *Hechicera de las Perlas*, mas bella, mas graciosa, mas viva que nunca; recorrió el laboratorio, tocó con las manos todo lo que servia á Abel, le habló y le escuchó. Sentáronse en la cama y, desplegando la hermosa hechicera sus gracias y el prestigio de su coquetería, se ofreció á los ojos de Catalina como la reina de la naturaleza. La infeliz jóven, oculta en un rincon, se tapaba la boca con el pañuelo para abogar sus sollozos, y conoció que nunca podria competir con una criatura tan perfecta como la *Hechicera de las Perlas*.

—¡Ay de mí! decia, ¿por qué ha alterado el sol, á pesar de todas mis precauciones, la blancura de mis manos? ¿Por qué no soy hechicera?... ¡Oh, sí, es una hechicera!... porque en el mundo no puede haber una

mujer que tenga tanta gracia, tantos atractivos. ¡Gran Dios, el amor mora en sus ojos!... ¡qué mirada!...

—Abel, decía la hechicera, dentro de poco sabreis á lo que yo me someto para haceros feliz... ya no me vereis mas que como á una criatura mortal, abdicó por vos el imperio de las hechiceras y todos los honores correspondientes á mi clase.

—¿Qué prueba de amor puedo yo dar que no sea infinitamente inferior á esta? decía para sí Catalina bañando el pañuelo con sus lágrimas.

Abel, enagenado de alegría, apretaba con ardor las manos de la hechicera, cubriéndolas de besos y ella se sonreía; en fin, la misma hechicera (esto destrozó el corazón de Catalina), la misma hechicera imprimió en los labios de Abel un beso de despedida, que el hijo del alquimista saboreó.

con deleite. La hechicera, que no estaba menos conmovida, desapareció precipitadamente llevándose la lámpara maravillosa.

Abel fué llamado á la vida por la amable Catalina : se deshacia en llanto, y era tan violento su pesar, que Abel no sabia qué hacer para mitigar el dolor de Catalina.

— ¡ Es demasiado hermosa !..... ¡ Oh ! sí, debes amarla ; ¡ no puedes pasar por otro punto !..... y yo..... ¡ yo debo morir !..... Abel, conozco que no puedo vivir sin tí.... para mí no eres ya mas que un hermano..... ¡ Ah ! ¿ qué va á ser de mí ?.....

Abel pasó el resto de la noche consolando á Catalina ; solo pudo calmar su desesperacion jurando que la amaba tiernamente , y que estarían siempre juntos. Catalina contestaba que sabia que la en-

gañaba, pero que le gustaba oírle, y mecida por una esperanza, cuya poca realidad conocia, enjugó sus lágrimas y se tranquilizó algun tanto. Por la mañana dió un beso á Abel y salió decidida á no volver mas. ¡Oh, juramentos de amor!

Al salir de la cabaña, preocupada por la desesperacion y por la idea de que tenia que casarse con Jacobo Bontemps, tomó el camino del bosque: miraba al suelo, y de cuando en cuando enjugaba sus lágrimas: de pronto vió en el camino varias perlas que anunciaban que la hechicera habia pasado por aquel sitio. Miró á su alrededor y vió en la arena las huellas de las ruedas de un coche: el estrecho carril indicaba un coche elegante: se le ocurrió seguir la direccion que el carro de la hechicera habia llevado, y cada paso que

daba le deslizaba en el alma un rayo de esperanza.

Anduvo largo tiempo, y cuando estuvo á las tres cuartas partes del bosque decia para sí: Si la hechicera no fuese por casualidad mas que una mujer como yo, podria disputarle el amor de Abel, y amo tanto que tal vez triunfaria.

Además, si no es hechicera, habrá engañado á Abel, ponderando los sacrificios que por él ha hecho, y yo nunca le he engañado.

Pasando de este modo de las conjeturas á los proyectos, no notó Catalina lo mucho que habia andado: atravesó todo el bosque y las huellas de las ruedas la condujeron á un soberbio castillo, rodeado de un parque célebre por su magnificencia, por las estatuas, por las aguas y árboles raros que le adornaban: conoció al instan-

te que era el castillo que habitaba la duquesa de Sommerset, y una idea vaga de que la hechicera no podía ser otra que esta jóven viuda, célebre por su talento, por su belleza, y mucho mas aun por sus riquezas y por su bondadoso corazon, se ofreció á la imaginacion de Catalina.

La duquesa de Sommerset recibia á todo el mundo con amabilidad. Catalina pidió verla, y no opusieron ninguna dificultad en introducirla. Catalina tembló al atravesar los patios, las escaleras y las habitaciones. Llegó en fin al salon principal, y una doncella, en quien reconoció al génio de la lámpara, le abrió la puerta del gabinete cuya descripcion le habia hecho Abel; dirigió una mirada á la duquesa, reconoció á la hechicera y se desmayó.

La duquesa le prodigó los cuidados de costumbre, y cuando la hermosa aldeana

volvió en sí, le hizo muchas preguntas con un acento de bondad que iba derecho al corazón.

— ¡ Ah ! ¡ señora ! exclamó Catalina con la voz de la desesperacion, vuestras riquezas, vuestro poder, ¡ nada, nada en el mundo, nada puede aliviarme !.....

— Pero ¿ qué teneis, hija mia ?

— ¡ Ah ! señora , os he visto ! y esto me basta : por lo demás debo de guardar el mas profundo silencio..... Dicen que sois bondadosa y bienhechora : pues bien ! lo que yo os dijera envenenaria vuestra dicha..... Adios, señora, ¡ sed feliz !..... ¡ Sin embargo, yo fui la primera que le ví ! me pertenecia..... ¡ Oh ! dijo tapándose la boca con la mano, guardemos, guardemos mi secreto, muramos con él.....

La duquesa contemplaba enternecida la jóven aldeana y la compadecia á pesar

de que ignoraba la causa de las lágrimas que vertía. En fin, la única gracia que pidió Catalina, fué que la señora duquesa mandase llevarla en coche hasta la aldea de V.....

La duquesa mandó satisfacer los deseos de Catalina, y dió al mismo tiempo órdenes secretas á sus gentes para que se informasen de la aventura que conducía á aquella jóven á su castillo.

Cuando vieron recorrer al coche la aldea y pararse delante de la casa de Grandvani, la poblacion entera acudió y vió apear-se á Catalina moribunda: tenia los ojos encarnados, el rostro pálido, y tuvieron que ayudarla á bajar, tan débil y tan dolorosamente afectada, que ya no parecia aquella jóven risueña, llena de vigor y de salud, y á quien un dia antes llamaban la reina de la aldea.

En el umbral de la puerta de la casa del alcalde estaba Jacobo Bontemps con los brazos cruzados; sus miradas eran feroces, y en su rostro estaba grabado el dolor. En efecto, Grandvani había notado la ausencia de su hija, y desde por la mañana había mandado llamar al nuevo preceptor para participarle el dolor que le causaba este acontecimiento. El veterano, que amaba á la hermosa aldeana mas bien comò padre que como amante, había llorado con Grandvani; pero al ver á Catalina en un magnífico coche, una idea importuna, que le era imposible desechar, le atravesó el corazon, y maldecia ya al *gran señor*, que, con el traje y con el auxilio del fingido candor de *Abel*, había seducido la rosa de la aldea, la perla del valle, la hermosa Catalina, y meditaba ya el modo de vengarla.

Catalina, con esa ingenuidad encantadora, que era la menor gracia de su carácter, se precipitó en los brazos de Jacobo Bontemps y derramó un torrente de lágrimas; el soldado preceptor se enterneció, agarró á Catalina de la mano, la llevó á donde estaba su padre, y Francisca se reunió al grupo que espiaba la primera palabra de la jóven aldeana.

Precipitóse en los brazos de su padre; pero el anciano, con ese poder paternal y la conciencia de honor cuya espresion es tan imponente, la rechazó con un gesto tan desdeñoso que hizo estremecer hasta al mismo Jacobo.

Un torrente de lágrimas se escapó de nuevo de los ojos de Catalina, quien, reuniendo sus fuerzas, se levantó y quiso salir: dirigió á Bontemps una mirada de indignacion y de inocencia, y á su padre

una sonrisa que le valió su perdon, porque esta sonrisa era de las que lanzan los inocentes por toda contestacion á injustas acusaciones.

Esta escena tuvo lugar en medio del mas profundo silencio; todos habian comprendido.

— Vengo, dijo Catalina sentándose, vengo del castillo de la duquesa de Somerset: he ido á él conducida por circunstancias acerca de las cuales debo guardar silencio, y ruego á los que me quieren que no me recuerden nunca esta época de dolor.

Esta frase, pronunciada con un candor incomprensible por la astuta Catalina, que no hacia mencion de su morada en la cabaña de Abel, satisfizo mas allá de sus deseos al coracero y al alcalde.

La jóven nada mas dijo, y el dolor que

esperimentaba en el alma la impidió notar las atenciones de su novio, atenciones que Grandvani veía con placer. Hasta aquí había tenido Catalina esperanza ; pero esta mañana dió el golpe mortal á sus amores ; y la esperanza , esa hermosa planta que se cultiva con tanta felicidad en la mañana de la vida, estaba para ella seca en su raiz.

---

V.

CORRESPONDENCIA.

---

El lector debe estar impaciente por saber por qué era la duquesa de Sommerset la *Hechicera de las Perlas*, y de qué medios se valió para llevar á cabo los prodigios que sorprendieron á Abel. Para satisfacer esta curiosidad, no tiene mas que

pasar la vista por las cartas siguientes que se han entresacado de la correspondencia de la duquesa con una de sus amigas. Estas cartas dirán mucho mas acerca del verdadero carácter de esta señora, que cuanto sobre el mismo asunto se escribiera, y manifestarán que sabia conciliar su corazón capaz de profundos sentimientos y hasta de constancia con una imaginación de las mas predispuestas á impresionarse.

La duquesa habia pasado á Francia despues de la muerte del duque de Somerset, y habia estrechado amistad con la marquesa de Stainville, cuyo carácter ligero, pero franco y amable, le gustó extraordinariamente: á esta amiga iban dirigidas las cartas siguientes:

*Carta de la duquesa de Sommerset á la marquesa de Stainville.*

CASTILLO DE JOIGNY, Á.....

«Os compadeceis, querida mia, de mi retiro, silencio y apatía, siendo así que ninguna mujer estuvo nunca mas ocupada que yo. Habiéndoos confiado toda mi vida, no veo una razon para no contaros, bajo la fé del secreto, que en Paris dura veinticuatro horas, la aventura que me detiene hace tanto tiempo en el fondo de los bosques y á doce leguas de la capital.

» La locura de toda mi vida, mi idea fija fué ser amada por mí misma. En otro tiempo creí haber conseguido mi objeto, y el duque de Sommerset me ha engañado muy cruelmente demostrándome que la

ambicion, el amor propio y la vanidad humillada no perdonan ni al amor. Vosotras las francesas, que amais con la cabeza mas bien que con el corazon, no podriais comprender (hablo en general, creo que hay escepciones), no podriais comprender nunca cuán cruel es la inercia para un corazon que ni la coquetería, ni los triunfos del amor propio, ni el baile, ni todo el ruido del mundo podrian distraer, y que no aspira á mas dicha que á la de amar y ser amado.

» Despues de la muerte de lord Somerset, y aun antes, estaba mi alma vacía y yo no vivia ya; la existencia no tenia para mí atractivos. En efecto, ¿qué es la vida de la mujer? es una necesidad ipcesante de amor; es preciso que esté siempre ocupada en la felicidad de un sér adorado; existe en nosotras un tesoro de sentimien-

tos que á cada instante tenemos necesidad de esparcir sobre una criatura que nos inspire cariño.

» En la iglesia, los dias de fiesta hay unos muchachos que llevan cestas llenas de rosas y que no se ocupan mas que de sembrar de flores el sitio por donde debe pasar el señor: tal es el trabajo de la vida de una mujer. A pesar de ser orgullosas y de parecer reinas, consulte, la que ama sinceramente, el fondo de su corazon, y encontrará para *su señor* una obediencia y un temor real! Para amar, es preciso creer en la perfeccion y encontrarla en el sér adorado: este sér es un dios mortal, y el amor una religion terrestre: luego nosotras no podemos menos de ser esclavas del hombre que vemos bajo este punto de vista. Escuchad, querida amiga, yo soy inglesa, y por consiguiente amante de la

meditacion y de los sentimientos estremados: en este supuesto, siento lo que os describo; encuentro la felicidad en una sonrisa del sér que adoro; una palabra suya me enajena y aguardo esa sonrisa, esa palabra, como aguarda una gota de agua el árabe del desierto.

»Esta dulce ocupacion de procurar siempre hacer amable la vida á un sér que se adora, es mi ciencia. ¡ Es tan grato participar las penas, los dolores, los deleites de otra alma! Hemos nacido para esto, porque tenemos un sentido mas que los hombres, ese sentido de instinto que nos induce á agradarles: en fin, querida amiga, yo no sé cómo pueden ciertas mujeres apagar la llama de amor que todas deben alimentar como un fuego divino.

»Pues bien, si os digo que he encontrado aquí otro sér que me inspira todos esos

sentimientos, todos esos pensamientos, ¿os sorprendereis todavía de que permanezca tanto tiempo en el campo? es una historia que empezó por una chanza, pero que se ha ido formalizando en alto grado, porque se trata de casamiento.

» Figuraos que el cura de una de las aldeas vecinas vino á visitarme, le hice quedar á comer, y á los postres me habló de un jóven loco que habitaba cerca de su aldea: ese jóven cree en la existencia de las hechiceras, no tiene la menor nocion acerca del mundo y de la sociedad, y no ha salido nunca de su cabaña.

» Muchas veces se me ocurrió la idea de burlarme de ese sér natural y de presentarme á sus ojos como una hechicera. Después de haberme informado muy detenidamente y de haber dado mil vueltas á la cabaña durante la noche, ví una chime-

nea bastante ancha para bajar por ella al interior. Encargué que me hicieran un vestido mágico, sin olvidar la varita, y me puse en camino una noche, no en un carro tirado por dragones, sino en mi coche. Hícele parar á la salida del bosque; y temiendo mojarme, porque llovía, me hice llevar en una silla de manos hasta la cabaña. ¡Figuraos, amiga mía, que hice mi aparición en medio de una música deliciosa!..... En esa tosca cabaña habita el sér mas hermoso que podeis imagináros..... Su primera mirada me convenció de que habia ido á buscar á mi *señor*. Pensé jugarle una burla ingeniosa, buscaba una diversion y encontré el mas formal amor. Quería encantar, y salí *encantada*.

»No hay locura que no haya hecho; he dado á ese jóven una fiesta soberbia, con iluminaciones, música, etc.; se creyó que

esta fiesta tenia por objeto obsequiar á lord V..... pero solo yo y mis gentes, que me guardan un secreto inviolable, conocian el verdadero héroe, que he sometido á muy fuertes pruebas. Por una casualidad favorable á mis designios, el acueducto que conducia las aguas al jardin es inmenso, porque el castillo que he comprado fué edificado por el duque de C.... que le poseia antes de la revolucion y habia gastado sumas considerables para crear el rio, que es el principal adorno de esta habitacion: los conductos subterráneos han sido construidos con ladrillos, y son muy vastos.

»Habia habido necesidad de construir estas bóvedas subterráneas á causa de la naturaleza de las aguas que en otro tiempo pasaban por ellas, y que yo espero restablecer. Estas aguas traen mucha arena,

y tanto para evitar que el conducto se obstruyera como para facilitar el modo de limpiarlo, se le dió al acueducto dimensiones casi romanas. Los atabes son sobre todo inmensos y forman salas subterráneas que se encuentran de distancia en distancia. Consultado el plan de este acueducto, he visto que habia uno de esos atabes cerca de la cabaña habitada por mi encantador. He mandado limpiar al momento el subterráneo, y mi amado ha venido á la fiesta despues de haber sufrido algunos chascos fantasmagóricos y combatido contra fantasmas de linterna mágica. Ese gabinete que tanto habeis admirado ha sido construido únicamente para él ; porque al verme cubierta de perlas, me ha llamado la *Hechicera de las Perlas*, y como podeis figuraros, he querido sostener mi dignidad, amontonando ma-

ravilla sobre maravilla. He hecho vestir á un criado con el traje de su padre: las partes de él que estaban usadas me han indicado sus movimientos y actitudes; y en un espejo le he hecho ver á su padre, que hace mucho tiempo no existe.

» Ha creído que mi lámpara de noche era un talisman; he hecho vestir de *genio* á mi doncella, papel que desempeña maravillosamente: le he mandado leer la *tempestad* de Shakespeare, y se ha poseído perfectamente del carácter de Ariel. Se ha colocado en un atabe una máquina, y siempre que llama se satisfacen sus deseos. He mandado traer cuanto puede desear; y además, como he establecido postas en el bosque, me informan al minuto acerca de lo que quiere: tengo también postas en el camino de Paris, y en ese centro de la civilización alcanzo al momento

á precio de oro cuanto deseo. Mis criados tienen órden de obedecer en todo al poseedor de la lámpara, y me he asegurado de su fidelidad y silencio.

»Hace quince días que me ha hecho correr todos los ministerios para unos empleos; felizmente me ha sido muy útil el crédito de lord V... y en un abrir y cerrar de ojos he conseguido mi pretension.

»Para colmo de felicidad me ama tanto y tal vez mas que yo á él; es un alma pura y el corazón mas tierno en el cuerpo de un ángel del cielo: su mirada es celestial; en fin, es tan modesto, tan tierno que realiza el ideal que mi imaginacion habia dibujado. Es una de esas criaturas de amor y de felicidad, una de esas flores que pocas veces se encuentran en la tierra, y han sido necesarias todas las extravagantes circunstancias que hasta ahora han rodeado

su vida para conducir á un hombre á esa natural perfeccion : ¡ ah ! es la prueba vi-  
viente del principio que consagra la bon-  
dad y la belleza innatas en el hombre.

» Todos los sentimientos generosos com-  
ponen la flor de su alma , en la que no cre-  
ce ninguna espina : ¿ cómo no amar, cómo  
no querer á una criatura semejante ? Mi  
vida depende de mi querido Abel , porque  
Abel es su nombre , y espresa bien su se-  
mejanza con el primer justo de la tierra.  
No creais , por lo que os digo , que sea un  
ente frio y ridículo ; es fino , tiene talento  
y su lenguaje exaltado partieipa del de los  
orientales , con la diferencia de que es mu-  
cho mas enérgico y conciso que el de un  
hombre de la naturaleza que no espresa  
mas que ideas.

» ¿ Concebis ahora por qué permanezco  
en los bosques ? Pero , querida mia , tengo

un temor, y me dirijo á vos para hacerle cesar; temo si me caso con él que todo París se burle de mí. ¡La duquesa de Somerset casarse!... ¿Y con quién? con Abel... con un jóven sin bienes y sin educacion! Verdad es que sabrá muy pronto todo lo que yo quiera que sepa... ¡Con solo darle libros griegos y latinos y decirle que estudie la lengua de los genios, la aprenderá con mucha facilidad inspirado por el amor que me profesal pero, ¿qué importa el griego y el latin á una mujer de mi clase que solo quiere vivir para él, y que no sufrirá que otros séres se le acerquen? Sí, quiero que su vida sea un encantamiento eterno, quiero consagrarme á su felicidad, levantar una barrera entre el mundo y él; quiero, en fin, que permanezca como en un santuario, cuya entrada prohibiré á todo lo que pueda causar pena ó dolor, procuran-

do, sin embargo, que este continuo encantamiento nada tenga de monótono. La divina melancolía, la beneficencia, las lágrimas vertidas por las desgracias del prójimo, no serán desterradas de nuestro templo; porque me parece que despues de estas lagrimas se añade siempre una gran porcion de alma al alma misma. No me flaré tampoco en mi amor y en la multitud de sensaciones para evitar el fastidio, el disgusto y las demás arpias de la existencia que todo lo marchitan: el agradable estudio, las artes y las ciencias sustituirán á los deleites del mundo y el campo á los salones, como sustituye en la naturaleza el otoño al estio, y la primavera al invierno.

»¡ Ah! me casaré con él, porque me creo digna de poseerle: me ha llamado su hechicera, y quiero serlo siempre, quiero manifestarle continuamente mi cariño y

mi agradecimiento. ¡Qué vida! ¡qué felicidad!... ¡ah! su amor me hace la mas feliz de las mujeres, y no hay en la tierra alegría que pueda yo comparar á mi alegría; viene del cielo.

»Lo que me tranquiliza acerca del casamiento que tengo proyectado, es que á los diez dias no se hablará ya de él en París; porque si no se ha hablado mas que por espacio de seis dias de la caida de un gran imperio, no veo una razon para que se hable mas de dos noches de mi enlace.

»Estoy tan loca que, viendo á Abel feliz porque me cree una hechicera, no me atrevo á desengañarle. Adios, aguardo vuestra contestacion, etc. etc.....»

*Carta de madama de Stainville.*

«Uno de nuestros poetas, hombre de pro-

vecho, no sé cuál, ha escrito estos versos :

.....*Mariez-vous au plus tôt : (1)*

*Des demain si l'on peut; aujourd'hui s'il le faut.*

»Ignoro si los copió como los escribió su autor, pero tales como van son la mejor receta que ha puesto el médico para la clase de enfermedad que padeceis. Pues qué ¿temeis el qué dirán? ¿qué quereis que digan los parisienses de una de las mujeres mas hermosas de Inglaterra cuando tiene cincuenta mil libras esterlinas de renta? ¡que todo lo que hace es delicioso! Si, querida mia, si saliéseis sin sombrero, con la cabeza descubierta, seria esto moda.

(1) Casaos cuanto antes : mañana si es posible; hoy si es preciso.

»Quisiera saber si hay muchos bosques en Francia que produzcan maridos como el vuestro, porque ya os creo casada. Ya he pensado el traje que me mandaré hacer: será divino y tan gracioso como el modo con que miráis al amor, aunque me parece que os humilláis demasiado. Mis rodillas son las cosas que mas economizo, y me avergonzaria de arrodillarme para contemplar á mi esposo. Esté él entre mis brazos, es muy justo y muy agradable, pero yo á sus piés... ¡Ah! no; vos os humilláis demasiado, colocando á los hombres á una altura demasiado elevada. Yo imagino que los hombres son creados en parte para nosotras, y que su vida debe recibir su llama de nosotras: la prueba de que son creados para nosotras, es que nosotras somos madres, y por consiguiente las señoras del mundo.

»Habiéndome casado muy neciamente, amo sin embargo á mi marido para hacer lo que todo el mundo hace, puesto que por todas partes oigo decir que tal es el espíritu del siglo... además es un excelente hombre y no quisiera disgustarle por treinta amantes!... Pero ¿á dónde voy á parar? ¡ah!... sí, repito que me he casado muy neciamente; porque no tengo mas que veinte y dos años y Mr. de Stainville tiene cuarenta y nueve, y si no me equivoco en la cuenta, cuando yo tenga treinta él tendrá cincuenta y siete: ¿y os figurais que pueda yo *encadenar mi sensibilidad* á un sesentón, y *ocuparme de su felicidad*? Mientras que él tome un polvo, resbalarán mil pensamientos por mi imaginacion; cuando él suba al coche por una portezuela, yo saldré por la otra; verdaderamente me asusta el porvenir, y os creo muy feliz porque os

casais con un hermoso jéven á quien amais  
Pero sin embargo, el pobre Stainville tiene  
escelentes cualidades y yo le amo; pero  
escuchadme, porque voy á gritar muy  
fuerte al escribiros mi opinion. ¡CASAOS!

»P. D. El color de amapola está en bo-  
ga: os lo escribo para vuestro *gobierno*:  
todo se perderia si Abel no os viese con un  
vestido color de amapola. ¡Oh! ¡qué her-  
moso nombre es *Abel*!..... ¡Es una felicidad  
para vos poderle añadir tiernos epítetos  
como *mi querido Abel*, *mi dulce Abel*, sin tocar  
en lo ridiculo! Esta es otra de las ventajas  
que he perdido con Stainville: ¡cómo le he  
de llamar, *mi querido Marcos*, *mi dulce  
Marcos*! Adios, querida Jenny..... ¡Jenny!  
dentro de poco diremos: Abel y Jenny.

»No hay que suponer, querida amiga,  
que he escrito esta post-data para interca-

lar en ella cuatro frases muy insignificantes : si así sucediera me creerian , y vos la primera, una mujer ligera que no sabe que una post-data debe contener todo el verdadero pensamiento que encierra una carta , así como encerró Dios todo su pensamiento en nosotros, que somos la post-data de la creacion. Por consiguiente, querida amiga de mi alma, me permitireis que os diga , que con vuestros grandes y rasgados ojos negros , con vuestro porte de reina, con vuestro talle de sílfide y con vuestra ingeniosa doctrina acerca de la esclavitud del amor, no valeis mas que otra , y que vuestra devocion marital no os impedirá seguir el torrente de amar todas las flores que encontreis y respirar su fragancia sin que creais proceder mal. ¡Dios mio! veo con sorpresa que voy filosofando demasiado en esta post-data ; pero no impor-

ta ; quiero raciocinar una vez en mi vida. ¿ Quereis que os pruebe que es exacto el juicio que acerca de vos he formado? ¡ Tengo vuestra carta, querida Jenny , y veo por ella que teneis mucho miedo del qué dirán..... si os casárais con vuestro amante porque se llama Abel !..... Si alguna vez encuentro á un sér que me cause esa locura que llaman amor, no solo me seria indiferente morir por él , sino que tambien (este es un pensamiento que coloco fuera de la post-data , un pensamiento que mi alma comunica á la vuestra) moriria gustosa deshonrada, si por este medio conseguia complacerle; ¡ oís, duquesa! ¡ Oís vos, que sois rica , jóven y hermosa , y que os deteneis delante de un hombre ! Me parece que os equivocais acerca de los sentimientos que Abel os inspira ; pero no importa ! casaos, y despues veremos !.... Adios. »

*Segunda carta de la duquesa de Sommerset á la marquesa de Stainville.*

«¡ Ah , querida Sofía , me habeis asustado ! ¿ Podeis creer que no amo á Abel ? ¿ podeis figuraros que lo que me ha seducido son los curiosos detalles de esta aventura , y que debe desvanecerse el sentimiento que ha invadido todo mi sér y que causaré la desgracia de esa alma divina que adoro ? No , no , os habeis equivocado , y al escribir vuestra carta no habeis atendido mas que al estrepitoso ruido de los casca- beles de la *Locura* , de la que sois el mas encantador retrato que he admirado . ¡ Ah ! venid , venid cuanto antes , examinadme , y si en mi conducta , en mi sentimiento , podeis encontrar algun síntoma de inconsecuencia , me decido á no casarme con

Abel por no afligirle algun dia. Decidme, locuela : no pasar ningun dia sin llenar los mas cortos instantes con su recuerdo, hacerlo todo en su nombre, pronunciar este mil veces involuntariamente, hablar de él á María sin cesar, no poderme ocupar del arreglo de mi casa, alterar el dibujo cuando bordo tapices, no saber en qué hora vivo, querer á cada momento ir á hacer la *hechicera*, y maldecirle porque no desea cosas difíciles de realizar, ¿no es amarle? Vamos á ver, ¡contestad! ¡venid, examinad!... y os juro que nunca podré soportar la vista de otro hombre. ¡Está visto, envidiais mi felicidad !..... Pero así como habeis podido figuraros que una mujer como yo no puede amar siempre, ¿no creeis tambien que pueda aborreceros algun dia? Adios.»

*Contestacion de madama de Stainville.*

«¿Creeis , hermosa duquesa , que quiero comerme vuestro Abel? No parece sino que han desaparecido del mundo los bigotes y los oficiales jóvenes. ¡Gran Dios! ¡qué petulancia! En primer lugar , querida mia , no iré á veros , porque no encontraria en vuestros bosques ninguna de las diversiones que aquí cautivan mi atencion , y porque las modas llegarian demasiado tarde á vuestro castillo ; pero consiento en renunciar en obsequio vuestro á mi tema favorito ; guardaré silencio acerca de las últimas modas , nada os diré de los colores en boga , dejaré mi piano y mi mico , á pesar de que este me hace morir de risa desde que he encontrado el medio de hacerle tomar el tabaco de Stainville ; en fin , no me

ocuparé mas de los presupuestos, ni de las elecciones: renuncio por un momento á todo el cortejo de las mujeres hermosas, desde el diputado hasta el loro, desde el chal hasta el par de Francia; y puesto que hablo á una mujer superior á las demás, espero que no será esto un inconveniente para que yo desgarré el velo y racione acerca de nosotras mismas como si de nosotras no se tratara.

»Nunca ha resbalado por mi imaginacion la idea de negar que amais á Abel; os concedo que le adorais; pero no creo que esteis destinada á amarle siempre como ahora; niego que podamos amar siempre á la misma persona. Pero este axioma que voy á probaros no debe deteneros; casaos con Abel: ¿qué importa un grano mas de arena en las orillas del mar, una gota mas de agua en el Océano, una hoja mas en

los árboles? ¿y qué es para nosotras un hombre, querida mia, y todo lo que le puede suceder? ¿Creeis que nos están tan subordinados como dicen? Yo, á pesar de ser tan jóven y de parecer tan ligera, he sido depositaria de muchas confianzas; verdad es que me gusta la disipacion, però nunca he vendido un secreto, ni á una amiga, y os aseguro que todas esas pobres mujeres han sido bien engañadas: os lo repito, los hombres son creados para nosotras. Ninguno es desgraciado porque se le abandone; no estamos en un siglo en el que mate el amor.

»Querida duquesa, reflexionad un momento lo que es el sentimiento que se llama *amor*, miradle sin el prisma que os obceca: ¿es un sentimiento que puede durar hasta la última edad? no: luego puede desaparecer con la vuestra, con la de Abel

ó por otras circunstancias que no busco, ni deseo, pero que pueden suceder, y á vos no os es dado asegurar que vivirá hasta mañana: me direis que vuestro amor es hijo del convencimiento y no de la obcecación; pero ¿os figurais que la hermosa alma que os cautiva no tiene tambien su parte de coquetería como el cuerpo? ¿os figurais que el matrimonio no os ha de revelar las muchas imperfecciones que ella tiene, y que ahora os son desconocidas? Disimuladme la impiedad en que incurro refiriéndoos la historia del pintor del rey de Suecia: os sucederá lo que á él le sucedió.

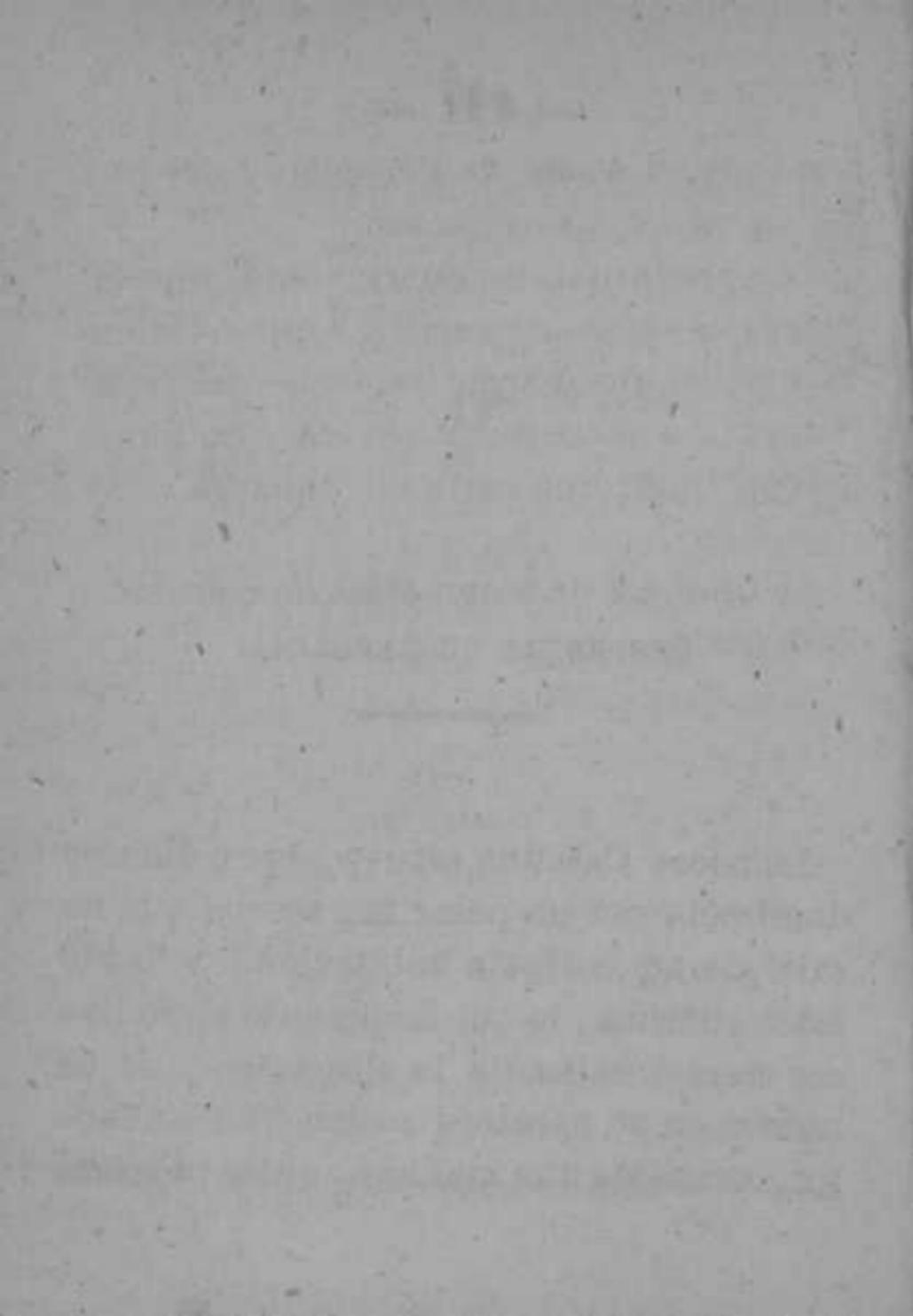
»En un banquete que el embajador de Francia daba, exaltaba un abate la grandeza de Dios y los goces que disfrutaria el hombre que pudiese contemplarle cara á cara en el paraiso:— Vuestro Dios es hermoso, dijo el pintor, pero no puede serlo

mas que el Apolo de Belvedere, del que sin embargo me he cansado.

»Me preguntareis, querida mia, qué sucederá: ¿qué ha de suceder? que Abel hará todo lo que hacen los demás maridos. Adios; mi modista me espera y no puedo ya continuar una carta tan juiciosa.»

La duquesa de Sommerset no contestó á esta carta.

---



VI.

DESPEDIDA DE CATALINA.

---

La pobre Catalina estuvo algun tiempo dominada por un pesar tan acerbo que no salió de su modesta habitacion , y fingió estar enferma , lo que fácilmente pudo hacer creer á causa de la alteracion que se notaba en su hermoso rostro. Sin embargo, levantóse una mañana, quiso pasearse

y se dirigió lentamente á la colina; porque la última sonrisa de la esperanza la habia sostenido.

—La duquesa es muy hermosa, decia para sí, pero ha engañado á Abel y voy á ver qué piensa este acerca del engaño.

Emprendió desfallecida el camino tortuoso que á la cabaña conducia, llegó á donde Abel estaba, y su pálido rostro se coloreó ligeramente. Abel se hallaba sentado en la piedra haciendo mil proyectos para el porvenir, porque no podia dudar de su felicidad, y no pensaba mas que en hacer á la hechicera la mas feliz de las hechiceras.

—¡Ocuraré, decia para sí, ir con ella lejos, muy lejos de los genios y de los hombres: viviremos en un palacio brillante, rodeado de jardines deliciosos, donde permaneceremos ignorados y estaremos con-

tentos; yo seré para ella un fiel esclavo, que adivine sus pensamientos para realizarlos. Ejecutar sus órdenes será mi delicia; una mirada suya mi mayor alegría: en fin, será una especie de divinidad visible que yo adoraré sin cesar confundíendome al mismo tiempo con ella: nuestros pensamientos, nuestros deseos serán unos mismos, y mi vida será todo amor.

En esto se presentó Catalina.

—¡Oh! Catalina, dijo Abel, ¡estás muy demudada! ¿qué tienes?

—Abel, replicó sentándose á su lado; ¿eres feliz en tus amores con una hechicera?

—¡Oh! sí.

—¿Será sin duda esa cualidad de hechicera, ese prestigio y ese poder brillante lo que te encanta?

—Sí, Catalina; volaré con ella entre las

nubes, y nuestros sentimientos se evaporarán en las elevadas regiones del cielo. ¡Oh felicidad!

—Y bien, continuó Catalina dominada por una duda cruel, si tu hechicera no fuese hechicera, si no fuera mas que una mujer como yo..... si te hubiese engañado.....

Abel se quedó mudo, sus ojos espresaron una multitud de sentimientos diversos, y la pobre Catalina consultaba su rostro, como consulta el criminal que espera su sentencia los ojos de los jueces que salen de deliberar; su corazon latia con una rapidez y con una fuerza sorprendentes; la alegría, la duda y el dolor la agitaron sucesivamente. Abel exclamó al fin :

—¡Ah! ¿qué ideas te atreves á presentarme, querida Catalina? si fuese cierto... ¡y bien! seria yo el hombre mas feliz del

mundo, porque ya no sería ella superior á mí; siento en mi corazón tanto amor que en ese caso recibiría ella de mí su felicidad... Su poder me obligaba á adorarla, su debilidad me la presentaría mucho más preciosa... ¡ah! ¡Ojalá fuese cierto lo que tú dices, Catalina!

—Muy pronto lo sabrás, contestó la joven aldeana levantándose, y dentro de poco se despedirá de tí la pobre Catalina; entonces, añadió, me conocerás... porque en el círculo brillante á que te arrastrará la duquesa de Sommerset, tu hermosa hechicera... Catalina no podría tener entrada! ¿Qué digo? Contrariaría tu felicidad, porque eres demasiado sensible para no compadecerme; pero yo procuraré que mi memoria no turbe tu tranquilidad. Abel, yo no puedo quejarme de tu elección, porque la duquesa merece ser amada... eclips-

sa á todas las mujeres de la tierra. Adios, Abel.

—Tus palabras me hacen estremecer, contestó Abel... ¡Qué acento! añadió despues de un momento de silencio.

—¡Silenciol... contestó Catalina colocando su hermoso dedo índice sobre sus sonrosados labios; solo te pido una gracia, y es que no abandones tu cabaña hasta que hayas recibido el último adios de Catalina... Oigo á lo lejos un coche... es ella, es la duquesa, ¡adios!... Y huyó á través de las rocas cual una loca.

En efecto, como habia anunciado Catalina, llegó á la cabaña una brillante carretela, y de ella se apeó la duquesa de Sommerset. Abel la recibió en sus brazos y exclamó :

—Catalina acaba de decirme que no sois una hechicera.

—Es cierto, contestó la duquesa, porque las hechiceras no existen ; son una creación imaginaria.

—¿Quién sois pues?

—Soy mas que una hechicera.

—¿Cómo?... replicó Abel con extraordinaria curiosidad.

—Soy, dijo, abrazando á su amado, soy una mujer que ama, que se consagra á vuestra existencia, que procurará embellecerla, que sacrifica clase, fortuna, honores, preocupaciones, que quema todas las vanidades humanas como un incienso apenas digno del altar del amor... Vuestra inocente alma no os permite conocer aun la sociedad ni sus caprichos, ni sus distinciones. Día vendrá en que conoceréis la especie de sacrificio que por vos hago, y hasta os sorprenderá que haya sido capaz de hacerlo una mujer ; pero os parecerá

muy sencillo cuando veais mi extraordinario amor... Si yo os dijese que soy duquesa, que poseo mas de un millon de renta, no me comprenderiais. Vos poseeis un tesoro inapreciable : una alma bella y un corazon amoroso. Yo me despojo de todo sentimiento de coquetería; es inútil con el discípulo de la naturaleza; me acerco á vos, os tomo la mano, la aprieto contra mi corazon, sello vuestros labios con un beso amoroso, y os digo con la sencillez de vuestra alma :—¡Abel, yo te amo! ¿quieres marchar conmigo por el sendero de la vida? Te sonreiré siempre, tu vida será un continuo encantamiento, y procuraré ser continuamente para tí una hechicera.

Abel estaba arrodillado, su cabeza se confundia con los piés de aquella encantadora mujer, y sus lágrimas bañaron el elegante coturno que ella llevaba.

— Levantaos, Abel; vuestro puesto es en mi corazon!...

La duquesa se sentó á su lado.

—¿Quereis, añadió sonriéndose, venir conmigo y abandonar desde hoy esta cabaña para habitar mi palacio, es decir, el vuestro, porque todo lo que yo poseo os pertenece?

—¡Oh, querida hechicera, sí, hechicera, siempre os daré este nombre!... ¿puedo dejar yo este sitio de pronto? ¿puedo abandonar á Catalina, á Caliban sin despedirme de ellos? ¡Estoy decidido á ir á vivir con vos en las ciudades! pero mi padre me ha dicho que cuando me decidiera á abandonar la cabaña levantase la piedra de la chimenea, y que encontraria un talisman.

— Bien, querido Abel, os dejo hasta mañana! permíteme venir, amor mio, á arran-

carte de estos sitios para gozar siempre de tus miradas, de tu presencia...

— Sí, sí, dijo Abel enajenado de alegría.

Despues de haber pasado juntos una mañana deliciosa, uno de esos momentos en que el alma se esplaya, en que se goza en cierto modo de una doble existencia, la duquesa se separó de su futuro esposo y le dejó embriagado de felicidad.

Dijo á Caliban :

—Amigo mio, te doy mi cabaña y mi jardin, sé feliz ; todos los años vendré á verte, te daré un criado para que haga contigo las veces que tú conmigo hiciste. Conserva esta cabaña; para mí respira todavía en ella mi padre! Su alma parece que está refugiada debajo de este hornillo, su sepulcro está inmediato; este sitio debe ser sagrado; nada debe profanarle.

Caliban le contestó ;

— Si has de ser feliz, márchate, Abel, pero tu padre era sabio y quería que permanecieras aquí; teme que la sociedad no valga tanto como este retiro... y que esa mujer...

El anciano no concluyó la frase, pero en sus gestos manifestó dudar de que Abel fuese feliz.

Entre los dos levantaron la piedra de la chimenea y encontraron un pesado cofre; estremadamente sorprendidos quedaron al abrirle, porque estaba lleno de preciosos diamantes, y se ignora si habían sido elaborados por el alquimista ó si eran producto de la venta de sus bienes.

—¡Ah! exclamó Abel, si yo pudiese ser tan rico como ella... Unos antiguos pergaminos estaban confundidos con los diamantes. Abel encontró que tenía otro nombre y que este nombre era el de *conde de*

*Osterwald*. Este descubrimiento no causó la menor emoción á Abel.

Caliban marchó á la aldea; entró en la casa del alcalde para anunciar á Catalina que Abel marchaba el dia siguiente con la duquesa de Sommerset. Catalina estaba arrimada á la lumbre jugueteando melancólicamente con su collar de azabache, que era su mejor tesoro. Su padre, á quien no distraia ya con sus tiernas canciones, estaba durmiendo; apenas contestó á Caliban, y cuando hubo marchado tapóse la cara con las manos y se echó á llorar; los sollozos de la desventurada jóven habian despertado al alcalde, quien le hacia mil y mil preguntas sin merecer contestacion. Bontemps se presentó, y Catalina se retiró precipitadamente, á fin de ocultar á todos la afliccion que la devoraba.

El dia siguiente por la mañana marchó

á la cabaña; estaba exactamente vestida tal cual la habia visto Abel por la primera vez. Entró en la cabaña; luego que hubo pasado el umbral de la puerta se deshizo en llanto. Se vió en la necesidad de sentarse en el sillón carcomido, y miró á Abel sin poder hablar.

El jóven se acercó á ella, se apoderó de su blanca mano sin encontrar oposicion y le dijo :

—Catalina, yo voy á abandonar estos sitios, pero tú te quedas y puedes estar persuadida de que volveré á ellos con frecuencia, á no ser que tú prefieras venir conmigo.

—¡Ir contigo! Abel, Abel... mi alma te acompañará, y mis pensamientos te seguirán á todas partes... Sabe (hubiera sido quizá mejor guardar silencio, pero este esfuerzo es superior á mis fuerzas), sabe,

pues, que te amo, que nunca amaré mas que á tí, y que el cariño fraternal no figura para nada en mi amor. ¿Qué digo? ese cariño es todo mi consuelo. Pero aun no es esto bastante : hace mucho tiempo que me consumo porque no me queda ninguna esperanza; te pierdo para siempre, pero nunca podré olvidarte, Abel, ¡soy tan desgraciada!... la razon me decia que así debia suceder, pero mi corazon esperaba otra cosa. Los sollozos no la permitieron proseguir.

—Ah, Catalina, exclamó Abel, tus palabras me destrozan el corazon... quisiera verte feliz; ¿qué hay que hacer para conseguirlo? Se dice que en la sociedad valen mucho las riquezas y que contribuyen á la felicidad... ¡Toma, Catalina, toma!... y agarrando un puñado de gruesos diamantes, los echó en la falda de Catalina.

—¡Abell exclamó llorando, ¿es digna de tí esa acción? ¡Nada puede consolar un corazón que está privado de lo que ama... y por un movimiento de desprecio é indignación rápido como el pensamiento, se levantó, arrojó al suelo los diamantes, y mirando á Abel con un cariño inefable y con una profunda tristeza, le dijo : Dame al menos un beso abrázame para decirme adios; por una caricia tuya daría toda la felicidad que pueden encerrar la tierra y los cielos!...

Abel la agarró por su delicado talle, é imprimió en los ardientes labios de la jóven un tierno beso fraternal... Catalina se puso pálida y se desmayó diciendo :

—Puedo morir.

Catalina, pálida y casi exánime, estaba entre los brazos de Abel, cuando entró la duquesa.

—Señora, dijo Catalina recobrando los sentidos, ojalá ignoreis siempre lo mucho que me va á costar vuestra felicidad... pero hacedle feliz y yo estaré contenta.. Volvióse á Abel, contemplóle algunos instantes, y desapareció llevando la imágen de su amado grabada en el corazon.

Abel se quedó solo con la hechicera y la enteró de cuanto habia hecho su padre por él, y la duquesa recibió un extraordinario placer al saber que Abel era conde y millonario : esta alegría era muy natural porque el premeditado casamiento conciliaba todos los extremos y no daba armas á la maledicencia... ¿Hubiera experimentado Catalina ese movimiento de alegría? De ningun modo ; amaba demasiado, y aun cuando hubiera sido princesa lo hubiera abandonado todo por seguir á su amante al destierro en medio de la mayor miseria.

La pobre Catalina regresó á la casa paterna, donde Jacobo Bontemps y Grandvani la estrecharon para que consintiera en el casamiento proyectado, y la jóven, mirando con amortiguados ojos al coracero, hizo un movimiento afirmativo de cabeza. Este consentimiento, que debia colmar de alegría á todos los interesados, no inspiró mas que una inquietud siniestra por el modo con que fué dado.

Miráronse preguntándose con los ojos ; ¿Qué tiene?... La alegría desapareció de la casa. Los colores de Catalina se amortiguaron ; y esta desgraciada víctima del amor se volvió triste, y muchas veces miraba sin ver objeto alguno.

Sin embargo , la aventura de la duquesa de Sommerset estaba en Paris á la órden del dia. Acordado el casamiento, no aguardaron mucho tiempo los dos no-

vios, sucediendo lo mismo con los de la aldea.

En efecto, se tenia por costumbre en la aldea de Catalina, como en otras partes de Francia, celebrar el contrato matrimonial con una fiesta parecida á la de la boda, y los desposorios se celebraban en la iglesia con la misma solemnidad que el casamiento. Esta fiesta preparatoria se verificó en la aldea al mismo tiempo que se celebraba en Paris la verdadera fiesta del casamiento de la duquesa.

---

## VII.

### LA BODA DE LA CIUDAD Y LOS DESPOSORIOS DE LA ALDEA.

---

En Paris, en el magnífico palacio de la duquesa de Sommerset, una inmensa concurrencia inundaba todos los salones, en los que brillaban suntuosos trajes y hermosas mujeres. Todas las piezas del palacio estaban adornadas con muchos espejos de Venecia, que reproducían admirable-

mente las bujías que ardian con profusion. Los mas preciosos y mas elegantes muebles, los terciopelos recamados de oro, el brillante raso, la rica porcelana, los dorados, los bronces cincelados, los cristales llenos de flores artificiales, los perfumes, y en fin, todo lo que el lujo mas ingenioso de los tiempos modernos ha podido inventar se hallaba reunido en aquel palacio, y con todos sus trofeos rodeaba la pareja mas feliz que el himeneo ha reunido.

Los numerosos amigos de la duquesa y muchos desconocidos llenaban el palacio, atraídos por la curiosidad para còntemplar al hijo del alquimista, al encantador, al noble, al rico héroe de tan singular aventura : la calle del arrabal del Roule estaba llena de coches á cual mas brillante y un sinnúmero de criados pululaban en el peristilo y en el patio.

En una de las galerías del palacio se habia preparado un banquete suntuoso ; las paredes estaban adornadas con cuadros de los mas famosos pintores, y los inteligentes contemplaban con entusiasmo aquella magnífica coleccion digna de un soberano; muchas personas, menos artistas pero mas gastrónomas ( váyase lo uno por lo otro ) fijaban su admiracion, clavando sus miradas en una larga mesa, en la que brillaban la plata, los candelabros, los platos, los magníficos adornos, los manjares mas esquisitos, las últimas producciones del lujo, el cristal tallado, y en fin, las obras maestras de todas las artes; era un verdadero encantamiento.

En el salon principal entre mil bellezas, Jenny de Sommerset, con el rico vestido de la *Hechicera de las Perlas*, eclipsaba las favoritas mas lindas de la moda y cauti-

vaba la general atención; su nobleza, su perfecta hermosura y su gracia la hacían en aquel momento el objeto de todos los pensamientos; y así como en la naturaleza obedece todo á la influencia del sol, del mismo modo parecia que todos los concurrentes vivían tan solo por ella y se movían á su alrededor; era el centro de una multitud de rayos.

El conde Osterwald reinaba en la hechicera, así como la hechicera reinaba en todos los demás. No se debe llamar *vivir* lo que en aquel momento pasaba en su interior; todas las mujeres le admiraban, porque Abel, en medio de los elegantes que le rodeaban, se distinguía por su natural gracia, y sobre todo, por la divina expresión de su rostro. Un candor angelical, que no carecía de cierta dignidad, una mirada húmeda y penetrante, una luen-

ga cabellera negra como el azabache, unas formas puras, un talle esbelto, y en fin, la gracia varonil que resultaba de este conjunto de perfecciones, le presentaban como la realizacion de la magnífica estatua griega, en la que se han reunido todas las bellezas humanas para componer un todo divino.

Abel se encontraba trasportado del seno de la vida ignorante de un solitario y de un salvaje, al centro de la civilizacion, en medio de todas las seducciones que ofrece la sociedad : acompañábale su amada y gozaba del sobrehumano placer de ver que era la reina de aquella reunion : conocia que todo el mundo le envidiaba su felicidad, y sus ideas habian tomado demasiado vuelo para que notara que en aquel momento era él el único mortal, entre cincuenta millones de hombres, que pu-

diese poseer una felicidad á la que parecia contribuir toda la creacion.

La música mas armoniosa anunció que empezaba la fiesta, y Abel se sintió sumergido en una nube de deleites, tan multiplicados, que su alma no tenia ya energía para pensar : recorria con la vista aquella profusion de riqueza, y fijaba sus miradas en la hechicerilla que le embriagaba con la dulzura y animacion de las suyas. Todo les sonreia ; el universo entero se humillaba ante su amor. Ningun cuento de hechicera le habia dado nunca idea de una fiesta tan magnífica : en fin, no tenia suficientes sentidos ni facultades para sentir y para gozar. ¿Cómo, pues, habia de pensar en Catalina?...

Catalina, ¡pobre niña! su nombre nos recuerda la aldea. Ya se conoce el modesto asilo del ex-sacristan Grandvani: su mo-

desta cocina está llena de provisiones y Francisca apenas puede atender á los guisados. De la habitacion del alcalde se han quitado los muebles que la adornaban: en la mesa que ocupaba en otro tiempo la labor de Catalina, se ha establecido la modesta vajilla de loza del alcalde. Algunas tazas de porcelana, y unas frutas mal arregladas, pero una alegría franca en todos los semblantes son los únicos adornos del festin que se prepara.

El sargento de coraceros de la guardia estaba allí vestido de gran uniforme, en el cual reluce la cruz de la legion de honor; se retuerce los bigotes mirando á Catalina. La pobre jóven se halla de pié delante de la modesta chimenea: Julia acaba de vestir á la novia, prendiéndole el emblemático y virginal ramo. Catalina está muy pálida; tiene abiertos

los ojos y no ve; sus descoloridos labios se entreabren dolorosamente, y un aliento comprimido se escapa de entre sus blancos dientes. El traje que se ha puesto es el que le regaló Abel. Catalina quiere ponerse un guante y no puede conseguirlo; mira con abatimiento á Julia, de cuyos ojos se desprende una lágrima; pero los suyos están secos. Únicamente se llora cuando deben aliviar las lágrimas.

El buen Grandvani, que viene para admirar á su hija, la examina con mas detencion, y un terror profundo se apodera de él; no se atreve á hablar, y solo á su hija puede mirar. Bontemps participa por la primera vez de su vida de los temores instintivos de su futuro suegro: busca en su imaginacion la causa del abatimiento de su novia; teme que Catalina no quiera

casarse con él, y en sus labios se asoman ya esas palabras de consuelo que se emplean con todos los que padecen; y hasta se le ocurre decir á Catalina que para ella será un segundo padre. Pero notando la inquietud del alcalde, procura consolarle, empezando de este modo por lo mas fácil. Se tranquiliza luego á sí mismo atribuyendo el pesar de Catalina al pudor que tan natural es en una jóven. El pobre Grandvani, con aquella bondad que solo en las aldeas se encuentra, llevó á un rincón á su hija, y le dijo en voz baja que solo se trataba de los desposorios, y que por consiguiente, le quedaba tiempo aun para reflexionar.

Catalina, abrazando á su padre le dió en la frente un beso lleno de fuerza y de agradecimiento, que decia mas que todas las palabras de gratitud.

El pobre padre la bendijo con una sonrisa.

Marcháronse en silencio á la iglesia. Todo fué una especie de sueño para Catalina; arrodillóse maquinalmente y dió su mano al sacerdote con aire distraído. El cura tocó aquella mano fría; miró á Catalina y meneó la cabeza involuntariamente. Esta interesante ceremonia, que malamente se ha abolido porque dejaba un intervalo entre la union del alma y la que consagra el matrimonio, fué marcada por una profecía alarmante. Los desposados regresaban á casa de Catalina acompañados por una alegre multitud; cada aldea no llevaba en el ojal un lazo de galon, porque toda la aldea adoraba á Catalina; esta última, pálida y triste, formaba un extraño contraste con la alegría que la rodeaba: parecia que se celebraba una fiesta

fúnebre, y que Catalina representaba una sombra.

Una anciana sentada al pié de un álamo vió pasar el cortejo; dirigió una mano siniestra á la novia y dijo en voz baja á otra anciana que estaba á su lado: la desposada morirá antes de que se efectúe el matrimonio.

La habitacion de Grandvani recibió á los convidados. Julia y Catalina subieron juntas por la antigua escalera y entraron en la virginal alcoba de la última. Esta pieza estaba sumamente aseada; al entrar en ella se adivinaba que el sér encantador que habitaba aquel sencillo sitio colgado de blanco percal y modestamente amueblado, era un ángel de pureza y de gracia: en él se respiraba el aire del cielo y reinaba el mayor orden, y todo repetía que la jóven vírgen era la misma inocen-

cia, y que sus pensamientos de amor, inocentes é infantiles, solo habian hecho nacer en su seno deseos castos.

— Julia, dijo, amo á Dios, pero amo casi tanto á Abel..... No debo engañar á nadie; yo no puedo vivir con Jacobo, y la vida de nada sirve y nada es sin el atractivo de un amor correspondido..... Por consiguiente estoy resuelta á marchar, nada me objetes, no procures disuadirme de mi designio, pues es invariable. Prefiero una puñalada á mil pinchazos de alfiler.... Tú sabes que solo él reina en mi corazon..... No porque tiene hermosa figura, pues si fuera feo, me contentaria aun mas una mirada suya ! ¡ ahora él es feliz !..... ¡ Mañana le escribirás !..... le dirás que Catalina ha muerto. ¿ Se compadecerá de mí ? ¿ lo crees ? ¡ Oh ! todavia no puede haberme olvidado, porque yo soy la primera

persona que ha visto..... ¡ Ah ! tenga yo al menos el consuelo de saber que ha llorado por mí, verle yo otra vez, y todo me será ya indiferente en el mundo, y nada mas pediré. Moriré, pero pensaré en él allí arriba, y cuidaré de que nada falte á su felicidad.

— Julia lloraba.

— ¿ Lloras, hermana querida ? cesa, cesa ese llanto y nó me compadezcas. Me decia que hay unos espíritus divinos é invisibles que se revelan en la frescura del rocío, en los perfumes de las flores, en la brisa de la mañana, y en fin, que revolotean á nuestro alrededor. Yo seré uno de ellos, y estaré siempre á tu lado. Adios, Julia.

— ¡ Ah ! permíteme esperar que curarás y que volverás, dijo la esposa de Antonio.

— Si, replicó Catalina, espera, porque

yo tambien espero ; tal vez no se habrá terminado todo.....

Separáronse llorando, y Catalina, arrojándose en los brazos de su amiga, le dió un tierno beso de esperanza ó de despedida. Todo habia sido dispuesto de antemano por Catalina y su amiga á fin de que no quedase ninguna huella de la desaparicion de la primera.

Julia bajó ; encontró á los convidados alrededor de la mesa y se sentó en medio de ellos. Todos estaban contentos, hablaban por los codos y comian mas que hablaban ; trataron del baile que á la comida debia seguir. Pero Jacobo Bontemps y Grandvani estaban inquietos porque Catalina no bajaba ; los convidados se miraron en silencio, y Julia dijo para sí : llegó el momento.

Sin embargo se esforzaron en reir y en

comer por espacio de algunos minutos mas; pero el intrépido coracero empezaba á temer, y el padre, echando vino á sus huéspedes, temblaba tanto que lo vertia encima de la mesa; por fin preguntó por la hija; buscáronla por todas partes y no pudieron encontrarla.

Un lúgubre silencio se apoderó de aquella casa preparada para un regocijo, y no se oyó mas que la péndola del reloj que media instantes de congoja y de terror. Julia, que habia prometido guardar secreto, fingia estar tan sorprendida como los demas: y con razon estaba mas inquieta que nadie. Los convidados fueron desfilando, quedando solos Grandvani, Bon-temps y Julia, sin saber qué hacer, ni qué pensar, y comunicándose con tristes miradas sus sombrías conjeturas. Grandvani miraba sin cesar la puerta, y cuando

Francisca la abria se estremecia, y se aumentaba su dolor, porque Catalina no debia volver. La aldea entera estaba sumergida en el mas profundo estupor.

Sin embargo, abandonemos como Catalina la aldea, y regresemos á París, donde la fiesta del casamiento terminaba de un modo menos brusco y mas alegré. Por la mañana, cuando las tintas indecisas de la primera aurora empezaron á emblanquecer las chimeneas de los brillantes palacios del arrabal de Roule, la novia y los convidados á la suntuosa fiesta de la duquesa de Sommerset empezaron á descender del apogeo del arrobamiento. La coquetería, la música y la danza con todos sus poderosos atractivos no pueden prolongar un baile mas que hasta el amanecer; y además como todo está patas arriba en la parte civilizada de la sociedad, es

natural que el día haga pensar en el sueño. Los convidados, dejando el salón del baile, se habían reunido en otros alrededor de una mesa con suntuosidad cubierta de esquisitos manjares.

El excesivo calor había obligado á abrir algunas ventanas del palacio. Cuando avisaron á la señora duquesa que el almuerzo estaba servido, Abel respiraba el aire fresco que acompaña el débil crepúsculo de la noche.

— Ven, querido mio, le dijo la duquesa, y viendo que no se separaba del balcón, se apoyó ligeramente en sus hombros.

— ¿No ves nada allí abajo? le preguntó Abel.

La duquesa asomó la cabeza, y ambos divisaron un bulto blanco que la escasa luz de la mañana y la vacilante de los faroles no les permitieron ver mas que de

un modo confuso. El bulto se movió á poco, y se acercó bastante para que pudieran conocer que era una mujer; pero no les fué dado distinguir sus facciones. Iba y venia, se ponía de puntillas, y se paraba como si quisiera entrar..... de pronto examinó la ventana, á la que estaban asomados los dos amantes, y al parecer se enajenaba en la contemplacion de los dos encantadores séres. Abel reunió sus ideas y creyó..... sin poderlo asegurar, que era Catalina..... Sin embargo, se le parecia bastante, y hasta se le figuró reconocer el traje que para la boda de Julia le regaló..... Vacilaba, y la duquesa, prestando que les estaban esperando, le arrancó de la ventana. Entonces llegaron á sus oídos acentos de dolor, palabras pronunciadas con voz mal segura, pero llena de atractivos. Detúvose, y creyó oír á

aquella mujer que dirigia una súplica al cielo para que él fuera feliz. Asomóse otra vez á la ventana, y vió en efecto arrodillada á aquella mujer con los brazos tendidos hácia él; levantóse de pronto, y desapareció diciéndole adios, con un acento tan triste, que no es posible describir.

Los atractivos de la fiesta, la alegría del banquete nupcial, y los encantos de aquella milagrosa galería, la presencia de una multitud que felicitaba sin cesar á Abel con sus miradas y con sus palabras, borraron muy pronto la impresion dolorosa que aquel extraño incidente le habia causado. Creyó que habia soñado, pues Catalina debia estar en la aldea.

La alegría reinaba todavía en los salones; pero Abel y la *Hechicera de las Perlas* se habian retirado ya..... Abel, perdido en un torrente de delicias, no podia inquie-

tarse por si en otra parte morian, vivian, eran felices ó desgraciados..... no podia reflexionar si era la causa, inocente en verdad, de la pena que devoraba á séres sensibles. Acababa de prodigar una suma inmensa..... en vinos, manjares, en dichos agudos, causas de indigestiones y de quimeras..... Pero si se pensase en esto, nadie se divertiría en el mundo, llorarían todos..... ¡Viva, pues, la alegría y burlémonos del pesar !

---

El dia de sus desposorios pasó Jacobo Bontemps toda la noche en recorrer la aldea ; tenia la muerte en el alma y ofrecia dar la dotacion de su empleo en cambio de una noticia de Catalina. Nadie la habia visto. Grandvani hubiese dado sus riquezas por un solo rizo de Catalina, de Ca-

talina, su única hija, su alegría, su felicidad ! Veía su casa vacía , y no debía volver á ver á su Catalina, tan hermosa, tan amable, tan bondadosa !.... aquella noche debía cubrir de sombra su vida entera.

---

Al otro día de haberse casado, Abel, que había llegado al colmo de los goces humanos, embriagado de alegría y de felicidad debía ir á pasear por los Campos Eliseos.

La duquesa pensaba llevarle á recorrer á Paris é iniciarle en todos los misterios de la civilizacion. Estaban ya dispuestos á marchar y se daban antes un beso. Sus manos estaban entrelazadas, abrazábanse amorosos, y una carretela con seis caballos los esperaba en el patio del palacio.

En este momento entró la doncella de la duquesa y entregó á Abel una carta que para él acababan de dejar. Abrióla temblando, su emocion aumentaba á medida que la iba leyendo, y cuando la hubo leído, se dejó caer llorando en una silla. La duquesa se apresuró á preguntarle, pero él solo pudo contestar dándole la carta que aquí transcribimos.

«CABALLERO :

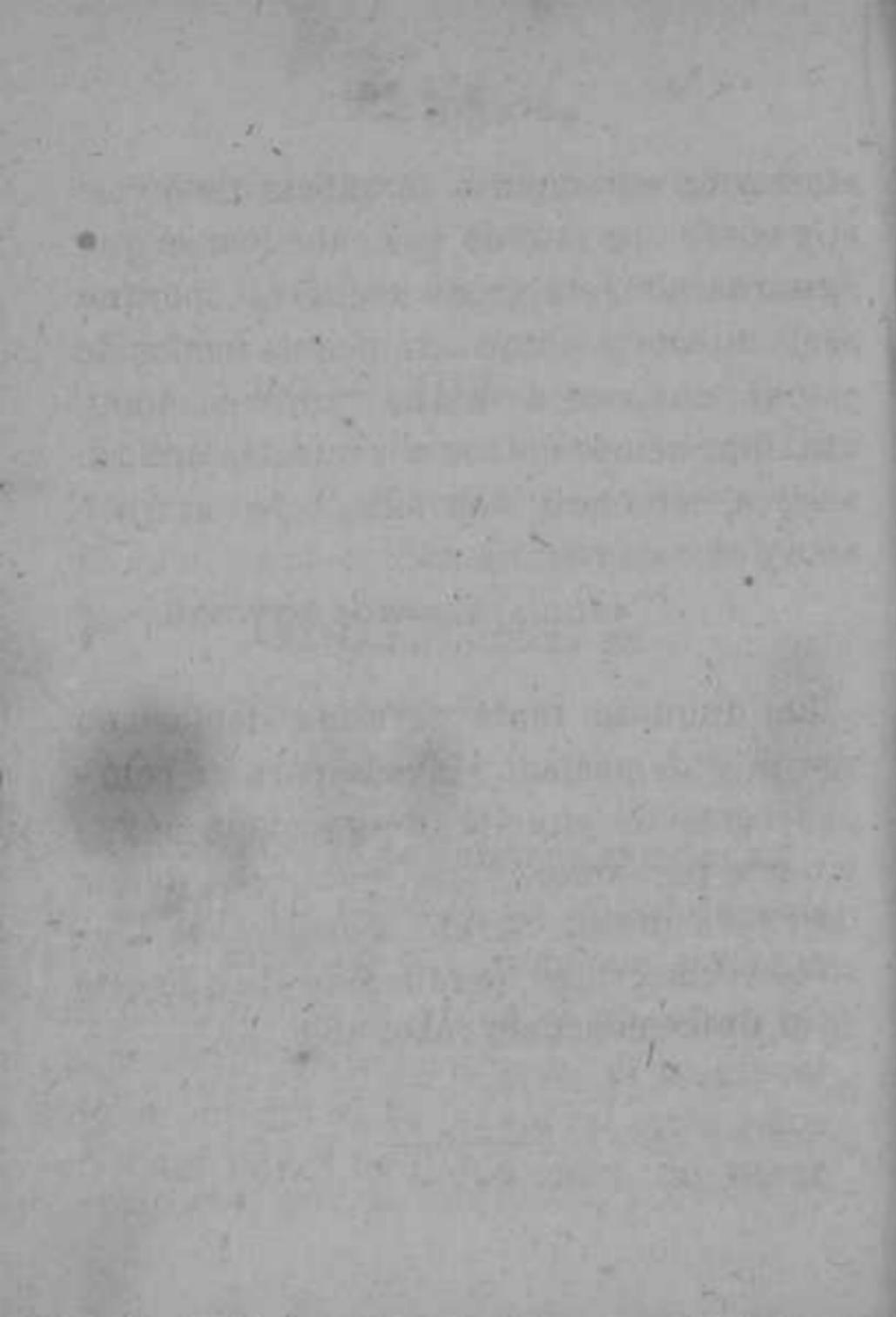
»Conozco lo mucho que os afligirá lo  
»que voy á deciros. Tal vez os habria evi-  
»tado ese pesar si me lo hubiera permiti-  
»do una promesa que no puedo violar. Sa-  
»bed que nuestra Catalina no existe. Ha  
»muerto ayer pronunciando vuestro nom-  
»bre. No ha podido vivir sin veros. Un  
»poco antes me ha llamado para hacerme  
»prometer que os escribiría, y que la en-

»terrarian con cuanto la habeis dado vos.  
»Os envio un rizo de sus cabellos, sé que  
»guardareis este triste recuerdo, porque  
»sois bueno, y porque no podeis menos de  
»amar un poco á la que tanto os ama-  
»ba! Roguemos ambos por nuestra amiga.  
»Adios, caballero, sed feliz, tal es el últi-  
»mo deseo de Catalina.»

«JULIA, esposa de ANTONIO.»

La duquesa tenia el alma demasiado tierna y demasiado elevada para no compadecerse de aquella desgraciada jóven muerta por amor, y no tenia celos de las lágrimas que su marido la dedicaba. Lloró con Abel, bien persuadida de que este es el único consuelo razonable.

---



## VIII.

### EL AYUDA DE CÁMARA.

---

La muerte de Catalina causó una impresión profunda en el alma de Abel, y las menores acciones, las palabras y hasta los gestos de la pobre, se presentaron entonces en la imaginación del joven conde como otros tantos rayos de luz que le pintaron un amor sublime. Jenny tenía de-

masiado talento para no conocer el efecto que este lúgubre cuadro causaba en su marido; y con una habilidad extraordinaria supo sumergirle en el torbellino de los placeres del mundo.

Sin embargo, cuando Abel estaba en un baile y todas las miradas se dirigian hácia él y hácia su encantadora esposa, que desplegaba para agradarle todo el encanto de un talento delicado y de una alma llena de amor, un observador hubiera podido notar en su fisonomía las huellas del pesar y del dolor.

Una noche asistia á la representacion de una pieza sentimental, en la que moria una jóven por amor, sin haber obtenido una sola mirada del que ella adoraba. Cuando concluyó la pieza exclamó dulcemente con las lágrimas en los ojos: ¡Pobre Catalina!..... La condesa y la señora

de Stainville se miraron en silencio, la primera se puso pálida, y notando Abel el dolor que habia causado á su esposa, le tomó la mano y se la apretó con cariñosa espresion.

— ¡ Oh ! ¡ qué feliz soy yo y qué bien me va con no amar mas que á mí !..... dijo riendo la marquesa de Stainville.

Aquella misma noche le sucedió á Abel otra aventura que le hizo experimentar una pena mucho mayor; entró en su casa con su mujer y la marquesa; era noche de reunion; el jóven conde se encontró en medio de un círculo de hombres instruidos que discutian un punto interesante y delicado; por atencion se volvieron todos hácia el amo de la casa, á cuya decision se sometian. Abel guardó silencio, porque no tenia ningun conocimiento acerca del asunto en cuestion. La condesa, testigo

de tan desagradable acontecimiento, experimentó un profundo dolor, y el rubor de Abel, que no sabia disimular nada, le traspasó el corazon.

Pero la condesa tomó el partido de chancarse acerca de la ignorancia de su marido, dándole de este modo ocasion para que hiciera brillar las gracias naturales de su talento. Pero cuanto mas felices eran las ocurrencias de Abel, tanto mas hacian resaltar su ignorancia, que no podian disimular; y como hay una clase de gentes que, descontentas al ver la superioridad que dan los títulos y las riquezas, solo buscan ocasion oportuna de vengarse, se supo muy pronto en la alta sociedad que el conde Osterwald no habia recibido educacion alguna.

La condesa desde entonces frecuentó menos las sociedades y se apresuró á hacer

leer á Abel todos los elementos de las ciencias ; ella misma se los enseñaba, y luego que sabia que tal ó cual maestro enseñaba tal ó cual ciencia en veinte y cuatro horas ó en treinta lecciones , confiaba á Abel á esos charlatanes de instruccion , quienes cobraban sus emolumentos , dejando al conde una multitud de preceptos cuya abundancia de nada le servia , por falta de tiempo y de las necesarias esplicaciones.

Estos disgustos , la aplicacion continua y la desesperacion que se apodera del alma al aspecto de todo lo que es preciso aprender , sumergieron á Abel en una melancolía que su esposa , con todo su prestigio , á duras penas podia disipar.

El conde era , como se ha podido ver , uno de esos caracteres ardientes , exaltados , que se precipitan á ciegas en un sentimiento , como en lo mas recio de la re-

friega si estuviesen en el ejército, de modo que, á pesar de los encantadores atractivos de su hermosa hechicera, se encontró al cabo de tres meses de matrimonio como otro al cabo de tres años.

Ya estaba privado de la embriaguez que hace olvidar el mundo entero : su mayor felicidad consistia en esa satisfaccion de amor propio que experimenta el que se ve envidiado. Cuando se encontraba en una reunion, gozaba contemplando á la condesa, porque en ella se concentraban las miradas de admiracion de todos los hombres ; experimentaba un placer nuevo sin conocer que esa sensacion era la señal evidente de que se amortiguaba su pasion. En fin, ya no tenia aquel ardor primero, aquel calor de sentimiento que producen al parecer una nube en medio de la cual se encuentra uno separado del mundo entero.

Además, como estaba lleno de riquezas y de honores, como nunca habia sido desgraciado, como vivia entre todos los goces del lujo y de las comodidades de la civilizacion, recorrió muy pronto el círculo de las creaciones humanas, y aunque encontró mucho placer al empezar, á poco tiempo se hartó, y todos saben que solo los ricos se levantan la tapa de los sesos de puro fastidio cuando mas en candelero están: el desgraciado que lucha continuamente tiene una esperanza; el opulento que todo lo posee carece de ella.

La condesa adoraba á Abel, y, cosa sorprendente, el profundo amor que á su marido tenia perjudicaba hasta cierto punto su felicidad, porque la viva y aturdida marquesa de Stainville se complacia en atormentarla.

—Querida amiga, le decia, empiezo á

temer que mi prediccion se realice; habeis cimentado mal vuestras relaciones con el conde: ¿habeis visto nunca durar mucho tiempo una pasion violenta? Una mujer que ama con ardor fastidia pronto á su esposo; se le figura que no hay mas que decir como vos:

«Aquí estoy con mi alma amante que, como un fiel espejo, no refleja mas que una imágen; vos sereis siempre el Dios de este corazon que os adora, etc., etc.» Todo esto es muy sencillo: un hombre entonces se halla en el caso de un gran señor que viéndose sitiado todos los dias por los pretendientes, les dice: Presentadme vuestra solicitud por escrito y veremos lo que se puede hacer... Figuraos, al contrario, querida condesa, una mujer, por ejemplo, como yo, que amaria á Abel tanto como vos, pero conservando el juicio; me complace-

ría en parecer aturdida , voltaria , le causaría á cada momento temores y celos y no le dejaría un momento en sosiego : hoy sería detestable, mañana lo sería aun mucho mas , al otro dia una mirada obtendría un premio, una nueva gracia : en fin , trasportaría todos los atractivos que rodean á una querida al necio estado del matrimonio. Se necesita , para hacer duradero el amor, mucho mas talento que para amar, á pesar de que para amar no se necesita poco : es preciso emplear cada dia nuevos tesoros : hé aquí la razon porqué las mujeres completamente hermosas , como vos, no han producido nunca pasiones duraderas , mientras que otras medianamente hermosas y tambien feas , pero con una fisonomía espresiva y graciosa, han sujetado constantemente á los amantes. En efecto: las mujeres hermosas creen que basta pre-

sentarse para agradar; y si una mujer pudiese reunir á una belleza perfecta los secretos que hacen amar á las feas, subyugaría el mundo entero como Cleópatra; pero la naturaleza no es injusta, todo lo iguala, cada cual tiene su parte, y mujeres de esta especie son muy raras.

—Se conoce, contestó la condesa, que vos no amais..... el amor ignora esos cálculos.

—Os pronostico muchas desgracias, replicó la marquesa; pero cortemos esta conversacion; no me gusta afligir á las amigas.

Algunos dias despues de haber pasado esta conversacion sucedió una aventura que enfrió algun tanto las relaciones entre Abel y la condesa. El ayuda de cámara del conde se habia marchado y se presentó un jóven para reemplazarle.

El conde y la condesa se desayunaban juntos, y, riendo como dos locos, se pasaban una taza de café bebiendo uno tras de otro, y prohibiéndose mutuamente beber el último: Abel, en este dulce juego acompañado de mil locuras deliciosas, había recobrado al parecer todo el fervoroso amor que manifestó el día que por primera vez fué introducido en el palacio de la Hechicera de las Perlas. La condesa se lo observó riendo, y Abel, como si le atormentara algún penoso recuerdo, dijo melancólicamente:

—Catalina vivía entonces! En este momento el mayordomo pidió permiso para presentar al jóven que se ofrecía á reemplazar al criado que se había marchado: los dos esposos consintieron con un movimiento afirmativo de cabeza.

Vióse entrar entonces á un jóven cuyo

aspecto hizo estremecer á Abel , porque tenia el mismo talle , la misma figura que Catalina . La semejanza era completa . A las primeras palabras que pronunció el desconocido , reconoció Abel el órgano querido de su adorada hermana , pero examinando al jóven rompió en llanto , porque vió que era imposible que fuera ella . En efecto , Catalina tenia el pelo rubio y Justo le tenia negro ; la hija de Grandvani era fresca como una rosa , y Justo estaba pálido y lánguido como un lirio marchito ; las cejas de Catalina estaban poco pobladas y las de Justo eran gruesas y negras , y unas patillas que se ocultaban en un cuello de camisa muy alto , destruian toda ilusion , y sin embargo Justo tenia la misma figura , la misma delicadeza en la nariz y la misma perfeccion en las formas que Catalina .

La agitación del conde no se ocultó á los penetrantes ojos de Jenny, que conoció al momento todo el daño que aquella semejanza causaría perpetuamente á su querido Abel, y luego que Justo se hubo acercado respetuosamente al conde, Jenny exclamó con aire imperioso:

—Ese hombre es demasiado jóven, es un niño, y el señor conde necesita un hombre acostumbrado á servir.

—Querida mia, contestó Abel algo bruscamente, permitidme elegir la gente que destino á mi servicio; ese jóven me gusta.

La condesa calló, y el conde quedó absorto en una profunda meditación contemplando á Justo. La condesa conmovida aun de resultas de la primera frase desatent que para ella había pronunciado Abel, y ofendida al ver desconocida su autoridad

en presencia de Justo y del mayordomo, no volvió á tomar parte en la conversacion.

—¿Habeis tenido otros amos?

—No he tenido mas que uno, contestó Justo temblando, y estraordinariamente afectado.

—¿Por qué le habeis dejado?

—No le dejé yo: fué él quien se marchó.

—¿De dónde sois?

—De París.

—¿Teneis parientes en la aldea de V.....?

—No señor.

En aquel momento la condesa se puso á examinar á Justo con la mayor atencion, y manifestó sorprenderse al ver el pié del jóven, que era sumamente pequeño. Esta circunstancia y la voz dulce y delicada del desconocido inquietaron á la condesa; hi-

zo una seña al mayordomo para que se saliera con Justo, y este último al marchar no cesó de mirar á Abel.

—Amigo mio, dijo Jenny, tomando la mano á Abel y apretándola sobre su corazón: tú me amas, ¿no es verdad?... pues bien; si en algo te interesan la desgracia ó el placer de la que será durante toda la vida tu compañera y amiga, no admitas á ese jóven á tu servicio... Si quieres favorecerle, démosle todo lo que quiera, hagamos su suerte; pero te suplico que no se quede en casa; tengo un presentimiento que nos haria mucho daño, si no á tí, á tu Jenny.

—Querida hechicerilla, ¿sabes que eres muy exigente y mandas con un sonido de voz tan interesante, que casi es imposible negarte nada? ¡Ah, Jenny!... te confieso que me causa tanto placer ver á ese jóven,

que me costará un sacrificio decirle que no le admito!

—¿Quieres que te evite el trabajo de decirselo?

—No, contestó Abel; quiero verle otra vez...

—Pues bien, te dejo; y confío tanto en tu amor, que espero no haber suplicado en vano á mi amo y señor.

Salióse sonriéndose con gracia y mirándole con tanto amor, que Abel decidió obedecerla.

Justo entró, y su semejanza con Catalina le pareció á Abel tan exacta, que, no dudando ya que fuera ella, pero decidido á disimular que habia conocido el engaño, se sonrió y el jóven volvió la cabeza para no ver al conde: habíale sin embargo mirado á la cara, hacia un momento, cuando no espresaba esta ningun senti-

miento tierno, pero parecia que Justo temia la amabilidad de su amo.

—Sois, le dijo Osterwald, demasiado joven y demasiado débil para servirme.

A estas palabras rodaron gruesas lágrimas por los ojos de Justo: acercóse tímidamente al conde, y echándose á sus piés le dijo tiernamente y con el órgano encantador de Catalina:

—Señor conde, vos gozais de una reputacion de bondad que me ha atraído hácia vos, ¡oh! no la desmintais no admitiéndome á vuestro servicio: dadme el empleo que querais, el mas penoso, el mas difícil; no creais que me falten fuerzas para desempeñarle, os aseguro que os serviré mejor que todos vuestros criados juntos..... Y las lágrimas no le permitieron continuar.

Abel estaba tan conmovido que las lá-

grimas del desconocido hicieron correr las suyas.

—Jóven, dijo, ¿qué circunstancia os une á mí con tanta fuerza y por qué casualidad?...

—¡ Ah ! no me preguntéis, señor conde, pero si os compadeceis de un desgraciado, si no quereis matarle, permitid que me quede aquí, y admitid mis servicios.

Abel no pudo resistir.

—Puesto que me ofreces tanta semejanza con una mujer á quien tiernamente he amado, hombre ó mujer, Justo ó Catalina, quédate, te admito á mi servicio.

Justo se acercó, besó con efusion la mano á Abel y salió.

Esta aventura causó un pesar extraordinario á la condesa, quien manifestó la mas completa aversion á Justo.

Este último se concilió en poco tiempo

la amistad de todos sus compañeros; hacia todo lo que ellos debían hacer cuando se trataba de Abel. Si pronunciaban el nombre del conde, Justo se sonrojaba; si oía que Abel llamaba, se ponía á temblar; en la mesa no podía darle una servilleta ó lo que pedia sin revelar la mas viva emocion. Muchas veces cuando concluía sus quehaceres se le veía sumergido en la mas profunda emocion, y de vez en cuando humedecian las lágrimas sus hermosos ojos. Muy pronto se notaron en su conducta mil particularidades; no se negaba á sentarse á la mesa con los demás criados, pero no comía nunca; entraron en su cuarto por sorpresa, y no encontraron en él nada que indicase que estaba habitado. Raras veces hablaba con sus compañeros; no tenía con ellos mas relaciones que las que le imponía el servicio; conocióse por su conducta que

era orgulloso, y sin embargo se jactaba hasta cierto punto de llevar la librea del conde.

El conde no estrañaba la conducta de Justo, quien le prodigaba atenciones mil veces mas delicadas que las de la condesa. Justo ejercia en la vida de Abel una influencia que de dia en dia iba echando mas y mas profundas raíces.

Su completa semejanza con Catalina cautivaba de tal modo á Abel, que no podia pasar sin estar á su lado, y experimentaba un placer extraordinario en admitir sus atenciones y servicios.

Muy pronto le hizo su confidente, y cuando experimentaba algun secreto pesar le llamaba, y el jóven le daba siempre consejos tan sabios y marcados con el sello de una amistad tan sincera, que el conde no vacilaba en tratarle como á su igual.

La condesa no tuvo un momento de tranquilidad desde el instante en que Justo entró en su casa. La presencia de ese hombre la hacia estremecer, y, á pesar de su extraordinaria amabilidad y del amor que á Abel tenia, no pudo ocultar su aversion, lo que produjo escenas muchas veces desagradables : habiendo manifestado Abel que tendria siempre á su servicio á Justo, introdujo la discordia en su casa ; y cuanto mas amaba la condesa á su marido, tanto mas exigente era, no disimulando en lo mas mínimo sus quejas. Es difícil de marcar las líneas imperceptibles por las cuales dos esposos que se aman llegan á esos momentos de frialdad, cuyo prodigioso aumento produce en uno para otro un sentimiento frio y una reserva insultante respecto á los primeros tiempos de su amor. Sin embargo se debe hacer justicia á Jenny

diciendo que seguía amando á Abel con el mismo ardor que cuando iba á visitarle á la cabaña del alquimista; pero las circunstancias le dieron la apariencia de un cambio en su conducta, como se verá en el siguiente capítulo.

## IX.

### UN RIVAL.

---

La condesa daba con frecuencia conciertos, á los que tenian á mucha honra asistir los mejores artistas. Antes de casarse con Abel, un oficial italiano, desterado de los estados del rey de Cerdeña por delitos políticos, habia asistido á estas reuniones llevado de la gran reputacion

que por su belleza gozaba la duquesa de Sommerset.

La primera vez que la vió se enamoró perdidamente de ella; pero entonces existia una distancia tan extraordinaria entre ella y él, que guardó silencio y se contentó con adorarla de lejos como á una especie de divinidad, á lo que no se atreve uno á acercarse. Cuando la duquesa se retiró á su castillo, perdió la esperanza de volverla á ver y marchó á Suiza, desde donde pudo ejercer gran influencia en sus compañeros y fomentar de lejos los movimientos que estallaron á poco en el Piemonte. Cuando regresó la señora de Osterwald á Paris, la celebridad del oficial habia tomado tanto vuelo que creyó poder en lo sucesivo adelantar algo en sus amores con la bella duquesa, presentándose rodeado de tanta gloria.

La duquesa habia conocido la profunda pasion que habia encendido en el corazon del oficial, y muchas veces se habia chancado acerca de este particular con la marquesa de Stainville.

Algunos meses despues del enlace de la duquesa con el conde de Osterwald, se anunció la próxima llegada del conde Tambroni á Paris. Esta noticia se esparció rápidamente, y mas de una bella señora hablaba de ella con un fuego que anunciaba que con presentarse el feliz desterrado podia explotar su fortuna. ¿Paris no es la patria de todos los que no la tienen? Tambroni era alto, su fisonomía era espresiva y graciosa; y su frente despejada anunciaba gran talento. Cubria su cabeza una cabellera del mediodía, un bosque de negros cabellos rizados con elegancia: en fin, su conversacion se resen-

tia de su carácter; era brillante y animada.

La primera casa en la que quiso presentarse fué la de la señora de Stainville, y declaró á la viva y hermosa marquesa que solo volvía por la duquesa de Sommerset. La señora de Stainville le dijo que su amiga se habia casado por inclinacion. Tambón al pronto quiso marcharse sin verla, porque la amaba con tanto ardor que al saber que era feliz experimentaba una especie de satisfaccion cruel. La marquesa le contuvo, y cuando dijo á Jenny que el ilustre proscrito habia abandonado los intereses de su gloria por el amor que á ella le tenia, la condesa hizo un movimiento de vanidad y de orgullo que no se ocultó al ojo observador de la marquesa.

La señora de Osterwald anunció un gran

concierto, y por conducto de su amiga convidó á él á Tambroni. La fiesta fué soberbia, no faltó á ella ninguno de los convidados, y Jenny experimentó una de las mayores revoluciones que puede experimentar el corazon de una mujer enamorada. En efecto, Tambroni se atraia todas las miradas; clases, riquezas, honores, belleza, todo desapareció delante del interés de curiosidad que él esplotaba y que su talento trocaba en admiracion. Jenny no podia dudar que reinaba en el alma de Tambroni; y miraba ya á este, ya á Abel: su marido la hacia estremecer, le amaba, y sin embargo el triunfo de aquel hombre que la adoraba despertaba en ella tan vivas sensaciones de amor propio y de orgullo que se sentia embriagada.

— Es preciso confesar, querida mia, le decia su amiga, que un hombre como

Tambroni es otra cosa que tu Abel. Si yo fuese libre no habria ningun poder humano que me impidiese ser la esclava de un hombre como ese, porque amar á ese hombre es ser la compañera del sol.

—Sí, contestó Jenny; pero mira tambien con qué sencillez, con qué franqueza le hace justicia el conde, con qué calor le alaba, y con qué buena voluntad le unce á su carro; parece que estiende sobre su rival toda la ternura y toda la bondad de su alma.

—¿Y quién es el jóven de veinte y dos años, replicó la marquesa, que no se entusiasmaria al ver á Tambroni? Todos los jóvenes que salen del colegio se parecen á Abel; hermosos como una mujer, sus ojos son brillantes, fresco su rostro, y su alma está abierta para recibir todo amor, toda tierna impresion. ¿Y cómo te atreves á

comparar el resplandor del sol á la sencillez de una flor del campo?... Al pronunciar estas palabras, una espresiva sonrisa les dió el carácter de un epigrama á Abel.

En este momento se sentó Tambroni al piano y cantó un romance que causó extraordinaria impresion en la asamblea. Estaba sacado de un capricho de Schiller, y decia en pocas palabras :

«Un caballero amaba á una señora y le  
»dijo:—¿Quereis casaros conmigo? la tierra  
»será para mi el cielo!... La señora le  
»dió esperanzas; él marchó para la Tierra  
»Santa, y mientras que combatia tomó el  
»velo su amada. Vuelve y la respeta; canta  
»su hermosura, y los ecos del monasterio  
»repiten sus melancólicos cantos : un  
»dia espiró con los ojos clavados hácia el  
»punto que ocupa la celda de la que ado-

»raba; esto es cuanto se supo de sus amores.»

Tambroni, mientras cantaba, no cesó de mirar á las dos amigas, y, al concluir, el fuego que salia de sus ojos brilló á través de algunas lágrimas que se deslizaron por sus mejillas.

—¡Ah! si me amase, dijo la marquesa de Stainville á su marido, te aconsejaria que me encerrases en una torre de cobre y que la rodeases de fosos cubiertos de musgo para que me quebrara las piernas al saltar por la ventana.

Abel estaba al lado de su esposa; comparó aquella fiesta á la de su casamiento, y le asaltó una triste idea al ver que Tambroni le reemplazaba...

El conde estuvo tierno con Jenny, pero Jenny estaba pensativa y no le atendió, y sus ojos estaban clavados en el célebre

italiano. Abel dirigió entonces una mirada á toda la asamblea como para invocar maquinalmente algun protector, y en la puerta vió á Justo mas hermoso que nunca. El pobre jóven no veia mas que á su amo; estaba respetuosamente de pié, y, apoyando la cabeza contra la pared, seguia al conde con la vista, como un perro que, echado en el suelo, levanta la cabeza al menor movimiento que hace su amo. El conde salió y le llamó.

—¡ Y bien! Ese hombre tiene mucho talento, Justo: te habrá gustado mucho!

—No, señor; he visto con mucha alegría que vos erais el mas hermoso de todos.

Abel se estremeció.

—¡ Pobre Catalina! exclamó, lo mismo hubiera dicho ella!..... Miró á Justo sonriéndose, y Justo se alejó porque se

ponia pálido siempre que su amo le sonreía.

Abel le siguió y le dijo :

—Salgamos, Justo ; estoy cansado.

La condesa no notó la ausencia de su marido.

—Estais triste, le dijo Justo cuando estuvo en su cuarto : ¿ quereis que os divierta con alguna historieta como lo hago otras veces ?

—Veamos, contestó el conde con indiferencia.

—Señor, es la historia de una jóven enamorada.

—¿ Vive aun ?

—No existe ya, contestó Justo: ha desaparecido de la tierra sin derramar una lágrima, y toda su felicidad consiste en revolotear alrededor del que adoró. Fué una vírgen tierna que, en una mañana de pri-

ma vera, sonrió á una obra maestra de la naturaleza, y la lleva en su corazon. Aquel hombre perfecto no conoció el profundo amor que le tenian, y desgarró un corazon amante con repetidas heridas que le arrastraron á la tumba. Hasta el último momento le ha saludado y bendecido. Nadie mas que ella ha conocido el amor que en su corazon tenia; un dia se atrevió á decir al que adoraba : ¡ Yo te amo !

—¿ Y bien ? exclamó vivamente el conde.

—Y bien, procura ser feliz sin mí;—le dijo con frialdad. Y ella fué feliz sin él.

—¿ Cómo ? preguntó el conde.

—Señor, le ve continuamente desde lo alto de los cielos, siembra de flores el camino que recorre y arranca las espinas de las rosas...

—¡ Justo ! exclamó Abel, me gusta mas tu historia que la brillante música de mis

conciertos... pero tu historia es inventada.

—No, señor; si quereis que continúe, vereis.

—No, cesa; me conmueve demasiado.

Justo calló; miró á su amo con complacencia é interés, porque en aquel momento la cara de Abel espresaba el mas profundo pesar.

—Si hubierais sido vos á quien ella hubiese amado, dijo Justo temblando, imagino que no habria sido tan desgraciada? contestad, señor...

—Sí, y deseo que mi homenaje traspase la esfera terrestre y la consuele en los cielos...

Al pronunciar esta frase, pensaba Abel desquitar su deuda con Catalina.

—Y bien, señor, ya que vuestra alma envia una prenda de amor á los cielos, ¿no

dareis una en la tierra? Miradme á vuestros piés, colocad en mi frente un beso de amor, y el espíritu de la desventurada se estremecerá de alegría.

—¿Estás loco, Justo? preguntó Abel, sin poder menos de darle un beso.

Justo vaciló cuando los labios de Abel tocaron su cutis, y estuvo á pique de desmayarse.

En este momento se retiraba Tambroni del salon de la condesa sin haber dirigido á Jenny una sola palabra, habiéndose contentado con admirarla; la condesa se resentió de esta especie de desprecio, y, si hubiese sido posible leer en el alma de Jenny, quizás se habria encontrado en este despecho algun principio de amor.

Fué á buscar á Abel, y viéndole muy conmovido con Justo, se estremeció de pesar al ver la coincidencia de sentimientos

que aparecía en sus rostros. El conde notó que los tiempos habían cambiado por la sequedad que reinaba en los modales y en la conversacion de Jenny.

De día en día se fué fastidiando mas y mas Abel del torbellino del mundo, y algunas veces echó de menos la felicidad de su juventud; el recuerdo de los preceptos de su padre y el ejemplo que le había legado terminando sus días lejos del mundo y al lado de una sencilla y jóven aldeana, fermentaban en su alma, y con frecuencia los comentaba.

—Catalina, decia para sí, hubiera pasado la vida conmigo en la cabaña de mi padre, siempre hubiera sido la misma, hubiéramos sido felices lejos de las ciudades, pero ha muerto, y... ¡ha muerto por mí! ¿Qué necesidad tiene uno de las ciencias para ser feliz? el estudio será mi existen-

cia, mientras que Brunke el helenista ha quemado todos sus libros mandando que nunca mas se le hablase de ellos...

Una mañana que estas ideas habian fermentado en su alma y producido una larga meditacion, de cuya consecuencia habia deducido que la existencia tal cual la habia concebido su padre era la única en la que podia ser feliz el hombre, propuso á la condesa, despues del desayuno, ir á habitar la cabaña que su padre habia edificado y abandonar la sociedad con sus pompas y galas.

La condesa hubiera seguramente sido capaz de este sacrificio en los primeros tiempos de su pasion; pero en aquel momento la sociedad tenia para ella un atractivo invencible; todas las seducciones que rodeaban á Abel habian desaparecido á sus ojos, y el amor de Tambroni le propor-

cionaba al contrario una gran cosecha de delicadas alabanzas y un inmenso tesoro de puros y castos placeres.

Sin embargo, no se le habia pasado por la imaginacion hacer traicion á su marido, á quien adoraba, pero no queria sacrificarle el encantador deleite de verse idolatrada por un hombre tan célebre como Tambroni; y por esto desechó redondamente la proposicion de Abel.

Este se quejó amargamente de la palidez que cubria su amor : la condesa le replicó que en otro tiempo no se hubiese él atrevido á contradecirla; pero por mas talento y cariño que uno y otro emplearon en esta disputa, les fué muy fácil notar que el primer amor habia perdido las alas y esta discusion terminó con la siguiente frase de Abel :

—Catalina no me hubiese negado nada.

Justo entró en aquel momento con el rostro risueño; parecía que en él se hallaba el alma de Catalina y que había oído aquella frase, porque Justo se ruborizó como se hubiera ruborizado Catalina.

Parecióle á Abel extraordinariamente insípida la vida de la sociedad luego que hubo formado la idea de una felicidad mas perfecta en el campo lejos de la burlona risa de los que, teniendo mas instruccion que él, carecian de su hermosa alma; muy pronto le fastidió todo y cayó sumergido en una melancolía profunda.

Huía de los bailes y de las fiestas, de los espectáculos y de toda reunion, y muchas veces estaba el conde de Osterwald encerrado en su habitacion mientras que su esposa presidia las diversiones de una asamblea brillante, en la que tambien aparecia con todo el brillo de su gloria.

Justo, previsor y cariñoso como una mujer, desplegaba una amistad que ocupaba todas las callejuelas del corazón de Abel; y durante el mal humor del conde, cuando aborrecía á los hombres, Justo, como David á Saul, prodigaba á Abel toda la riqueza de los consuelos, y muchas veces, con sus caricias, atraía una sonrisa á los labios de su amo.

La condesa por su parte no perdonaba medio para sacar á Abel de su misantropía, y consolaba extraordinariamente al conde el encontrar siempre el mismo amor en su cariñosa hechicera: este cariño era su tabla de salvacion, y le parecía que á cada momento se salvaba de los escollos á que se arrojaba el borrascoso mar de la sociedad, en el corazón de la única mujer que le quedaba en el mundo, de las dos que le habían presentado la graciosa copa

de los primeros amores: la creencia en que estaba de que no había un hombre en el mundo que pudiese arrebatarse su tesoro y de que reinaba en el alma de Jenny, le era tan grata, que la menor prueba de lo contrario, y hasta una leve apariencia, hubieran bastado para turbar para siempre su felicidad y acaso su razón.

Muchas veces se enternecía la condesa al recibir las pruebas de su amor, y gozaba con la idea de no tener más rival que la sombra de Catalina, que vagaba alrededor de Abel.

---



X.

EL ALQUIMISTA TENIA RAZON.

---

En las inmediaciones de Leith, en Escocia, hay una cabaña situada á la orilla de un riachuelo : grandes y seculares álamos dan sombra á la cabaña y guarnecen las márgenes del riachuelo.

Al principiar el otoño de 181..... los ha-

bitantes de aquel pueblo veían á una jóven, perfectamente hermosa, que guiaba los pasos de un jóven con toda la atención é interés que el amor inspira.

Caminaban juntos haciendo crujir las hojas secas que de los árboles caían. La jóven miraba á lo lejos para asegurarse de que no ofendería ningun objeto proscrito la vista del desgraciado á quien dedicaba sus cuidados. Si, por casualidad, se le escapaba este con el pelo erizado y desencajados los ojos, para trepar por las peñas, subirse á los árboles ó correr hácia el riachuelo, le seguía ella con tanto ardor que le alcanzaba al momento, le hablaba tiernamente, y se le llevaba sosegado á un banco de césped. Si estaba callado imitaba ella su silencio y le acariciaba, y le adulaba y le pasaba la mano por su larga cabellera que dejaba crecer.

Si hablaba, le escuchaba ella con respetuosa sumisión, y encontraba un triste y salvaje placer en oír los acentos de aquella voz querida, á pesar de que sus palabras carecían de sentido. Eran los sonidos errantes de un órgano cuyo móvil teclado agita una mano infantil. Espiaba sus miradas y creía á cada momento que la tranquilidad les devolvería aquella espresion primitiva, aquel cariño de amor, aquella pureza que ella adoraba.

Era hermosa y se conocía que su jóven compañero lo había sido también, porque eran grandes sus negros ojos, porque era espresiva y graciosa su fisonomía, porque eran finos sus modales; pero el pesar solo había dejado vestigios de todo esto.

El desventurado veía el cielo con indiferencia: con indiferencia admitía las atenciones de su amiga, y con indiferen-

cia miraba el hermoso rostro de aquel ángel de amor.

Cuando regresaban á la cabaña encontraban una comida frugal preparada por un anciano centenario, cuya cabeza corria parejas con la de su amo. Necesitaba reunir todas sus fuerzas para regar el jardín que producía los manjares de su campestre mesa; á duras penas y á fuerza de sudar cavaba la tierra, sembraba y recogía los granos: hablaba solo como si estuviese loco.

— Concluyo mi vida como la he empezado, decía; temo á Dios, amo á mi señor y riego mi jardín. Nunca he tenido tesoros: los que los han poseído y han llegado á mi edad no son mas ricos que yo.....

Ayudaba á la jóven á sentar á su amo á la mesa, y cuando el jóven se ponía fu-

rioso, ambos unian sus fuerzas para sujetarle é impedir que atentára á sus dias.

Algunas veces le decia la jóven :

— Miradme, ya no tengo teñido el pelo para desfigurarme; es el mio verdadero; mi corazon es siempre el mismo; mis ojos respiran el mismo cariño; soy Catalina.

— ¡Catalina! repetia Abel maquinalmente y con la misma entonacion, ¡Catalina!..... Algunas veces mudaba de tono y repetia este nombre con mil diferentes inflexiones de voz, como si sucesivamente se burlase de ella, ó la compadeciese, ó la llamase, etc. Y casi siempre concluia diciendo :

— ¡ Ha muerto!

— No; contestaba Catalina, no ha muerto; quiso persuadirte de ello, para que no te negáras á admitir á Justo á tu servicio. Su novio ha renunciado á ella á pesar de

que la amaba apasionadamente. La infeliz ha estado mucho tiempo enferma, ¡vive y te ama!..... El repetía:

— ¡Ha muerto!

El buen anciano se colocaba delante de él haciendo mil gestos para que le conociera, y le decía: Soy Caliban..... Abel nada contestaba; meneaba la cabeza, y algunas veces lloraba sin desplegar sus labios.

En vano deseaba Catalina adquirir detalles acerca de la catástrofe que había sumergido á su tierno amigo en tan horrible estado; le estaba prohibido intentarlo, porque entonces se ponía furioso el conde. En estos momentos de terror, las palabras cortadas, las confianzas que hacía, arrojaban alguna luz acerca de aquellos acontecimientos; pero Catalina había calmado hasta entonces aquellos arrebatos, prefiri-

riendo el reposo de Abel á todos los detalles que ignoraba.

De esto fue conociendo por grados todo lo que se debía evitar con cuidado. Pronunciar el nombre de Tambroni, el de la *Hechicera de las Perlas*, y el de la *duquesa de Sommerset*, bastaba para ponerle furioso.

Pero la casualidad quiso que Catalina lo supiese todo. Una noche estaba tranquilo Abel: Catalina estaba sentada en un banco de césped que por su mano habia construido: cubríale la cabeza con su chal, á fin de que la humedad de la noche no influyese en sus ideas, y, en fin, esperaba ver cuanto antes bueno á Abel, porque hacia dos dias que estaba sosegado.

A lo lejos oyóse de repente un oboé: Abel escucha, sus ojos se animan y eriza sus cabellos como un leon que quiere reñir. El oboé se acercaba, y el desventura-

do reconoció el célebre romance que Tambroni cantó la primera vez que se presentó en casa de la condesa de Osterwald. El furor de Abel fue aumentando como el punto negro que los navegantes temen con tanta razon, porque acaba por escitar una tempestad horrorosa; Abel gritó:

— ¡Justo! ¡Justo! Se puso ronco y apenas podia respirar.

— ¿Oís ese aire? le ha compuesto para ella. Compadecian á ese noble genio porque tenia olvidada su gloria desde que habitaba en Paris; una pasion invencible le dominaba.

— ¿Me oyes, Justo? Agarró la mano á la pobre Catalina que estaba temblando y se la apretó con violencia. En este momento el oboé volvió á empezar el aire, y Abel se llevó á Catalina hácia una roca, diciéndole:

— Justo , juzga cuál será mi desgracia! debo la vida á ese hombre, le provoqué; la circunstancia de no conocer las armas y el justo resentimiento de una injuria que sólo la muerte podia lavar, me obligaron á elegir el mas bárbaro de los duelos, solo una pistola se cargó, la casualidad hizo que le tocara á él, nos colocaron á dos pasos uno de otro ; debíamos tirar al mismo tiempo ; mi adversario me dejó tirar solo, y dirigiendo luego su arma á un arbolito le dividió. Señor conde, me dijo, habeis sospechado de mí injustamente y tengo á mucha dicha poderos conservar la vida.

— Ya ves, añadió Abel, que mi desgracia no tiene límites. Tambroni ha huido con ella, ¡oh! quiero buscarlos, no para volverla á ver, sino para inmolarla á mi rabia , para inmolarlos á ambos.

Calló ; bajó de la colina lentamente despues de ese parosismo que le habia cubierto de frio sudor, cruzóse de brazos y se sentó en el suelo, donde permaneci6 por largo rato sumergido en una sombría meditacion.

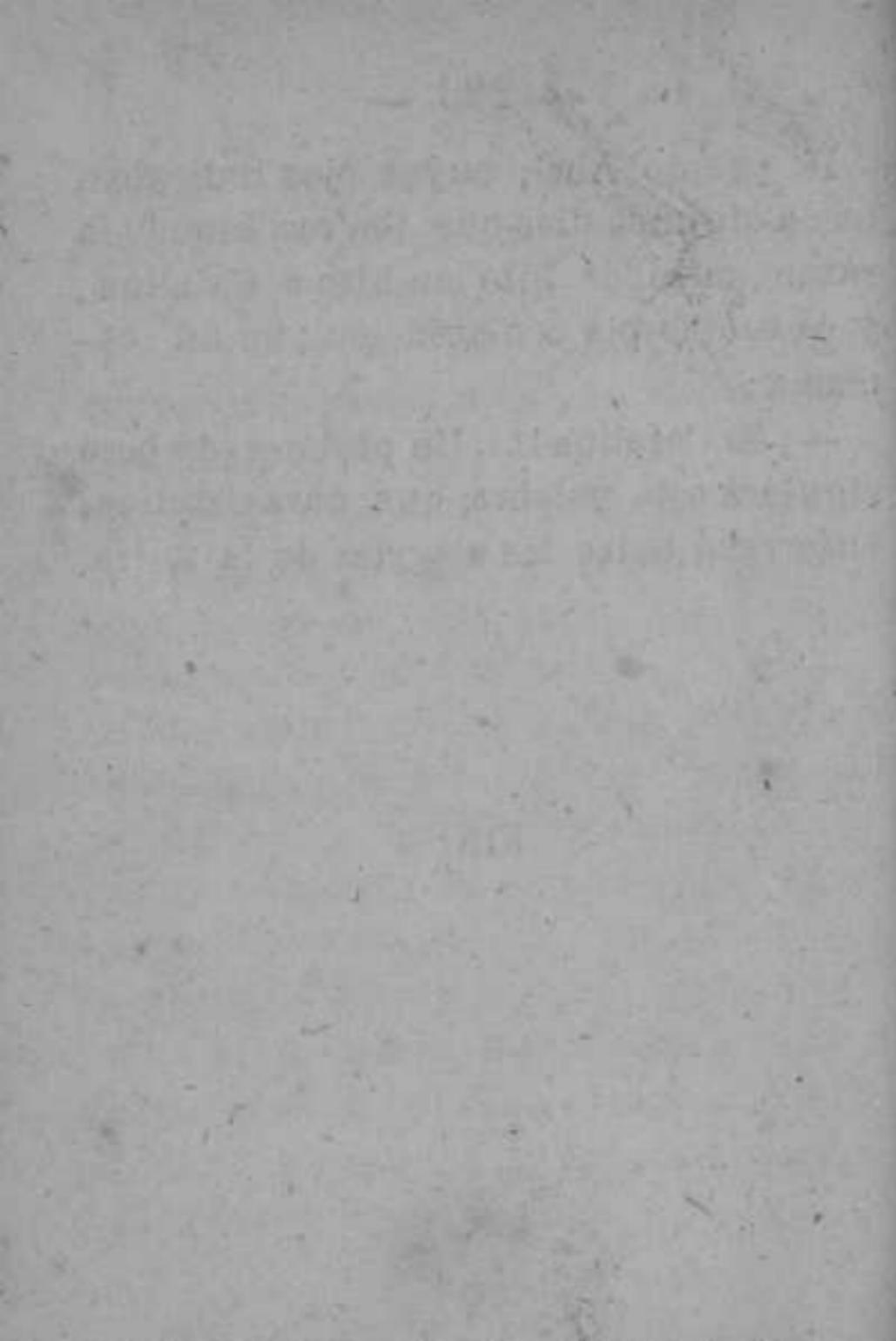
De pronto empezó á rodar por el suelo dando gritos desesperados. Catalina llamó á los aldeanos, quienes le sujetaron y trasportaron á la cabaña.

Catalina y Caliban habian llevado á Abel á la cabaña de su padre ; habia sido restablecido el órden que en otro tiempo en ella reinaba ; Catalina, sentada en el carcomido sillón, sostenia con sus manos la cabeza de Abel, y algunas veces la apoyaba contra su seno. Caliban los miraba y dirigia sus votos al cielo para que el infeliz conde encontrase la felicidad despues de haber recobrado la calma.

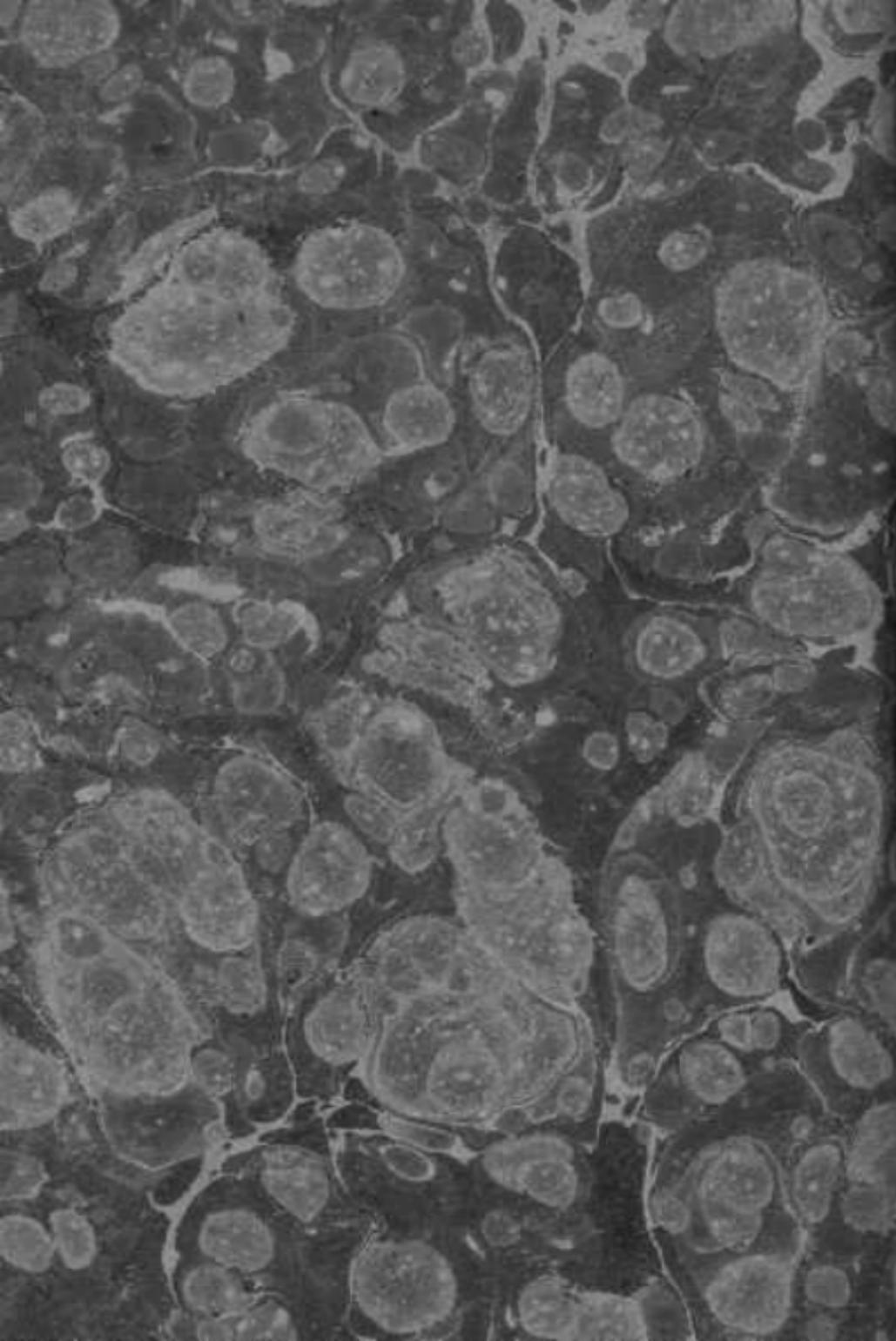
De pronto Abel, cuyos ojos indicaban hacia algunos dias que iba recobrando la razon, mira de hito en hito á Catalina, y la contempla con atencion ; en fin esclama :

— ¡ Es Catalina !.... Un prolongado beso siguió á esta palabra, que, para Catalina, encerraba todas las alegrías de la tierra.

FIN.







Biblioteca Pública de Soria



71676063 DR 10156 (V.2)

10



VIA  
ULTIMA  
RECHICK

DR

10156